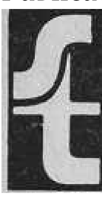

BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Joseph Berna
LA TARANTULA ASESINA



JOSEPH BERNA

LA TARANTULA ASESINA

Colección SELECCION TERROR n.° 533
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

528 — El lama negro, *Ralph Barby*.
529 — Post mortem. *Frank Caudett.*
530 — Más allá del sepulcro. *Curtis Garland.*
531 — La llamada de los muertos. *Adam Surray*.
532 — Tumba sin fondo. *Clark Carrados.*

ISBN 84-02 02506-4 Depósito legal: B. 9.429-1983
Impreso en España Printed in Spain

1. 1. a edición: mayó, 1983
2. 2. a edición en América: noviembre, 1983

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona 1983

CAPITULO PRIMERO

Jean-Marc Barroux, de veintiocho años de edad, alto, fuerte, con el pelo oscuro y las facciones correctas, detuvo su coche, un Opel Ascona de color rojo, frente al edificio de apartamentos en donde vivía Paulette Serrault, la chica que iba sentada a su lado.

Paulette tenía veintidós años, el pelo castaño, los ojos verdes, y los labios muy rojos, húmedos y brillantes. Era alta, esbelta, atractiva, por lo que se veía muy solicitada por los fotógrafos profesionales.

Eso era Jean-Marc, fotógrafo profesional.

Y Paulette, modelo fotográfica, claro.

Así se ganaba la vida, posando para los fotógrafos vestida, ligera de ropa, o desnuda. Generalmente, tenía que posar sin nada encima, pero a ella no le importaba en absoluto exhibir su hermoso cuerpo, siempre y cuando le pagasen lo que exigía por dejarse fotografiar en traje de Eva.

Con ese traje, precisamente, había posado para Jean-Marc aquella tarde. Y no en su estudio, sino en el campo, en un precioso lugar que el fotógrafo conocía y que se hallaba a unos treinta kilómetros de París.

Jean-Marc, sin retirar las manos del volante, miró a la modelo y dijo:

—Hemos llegado, Paulette.

—¿Quieres subir, Jean-Marc? —sugirió ella, con una sonrisa.

—No podré quedarme mucho tiempo.

—¿Te espera alguien?

—No.

—¿Entonces...?

—Tengo trabajo, Paulette.

—Trabajo, trabajo... Vamos, sube conmigo y tomaremos una copa.

—De acuerdo. Pero sólo una, ¿eh?

—Está bien.

Salieron los dos del coche y entraron en el edificio, metiéndose seguidamente en el ascensor.

Jean-Marc vestía prendas deportivas.

Paulette, por su parte, lucía una falda abierta y una delgada blusa, que permitía vislumbrar las aureolas de sus senos y los erectos pezones, porque la modelo no llevaba sujetador.

Puñetera la falta que le hacía tal prenda, ya que sus pechos no podían mantenerse más firmes y desafiantes de lo que se mantenían, así que Paulette gastaba menos en sostenes que un esquimal en cremas para protegerse la piel de los rayos solares.

El apartamento de la modelo, el 32-B, se hallaba en la cuarta planta.

El ascensor se detuvo en ella y Jean-Marc y Paulette salieron de él.
La modelo extrajo una llave del bolso que se había colgado del hombro, la introdujo en la cerradura y abrió la puerta, penetrando en el apartamento.
Encendió las luces y rogó:
—Adelante, Jean-Marc.
El fotógrafo entró también en el apartamento.
No era la primera vez que ponía los pies en él, por supuesto, porque hacía varios meses que conocía a Paulette y había intimado con ella casi desde el primer día.
En su dormitorio.
En su cama.
En su cuarto de baño...
También habían hecho el amor en el estudio de Jean-Marc.
Y en el campo.
Aquella tarde, sin ir más lejos.
Al término de la sesión.
El paraje era tan hermoso, que no pudieron resistir la tentación de amarse en él.
Paulette y Jean-Marc pasaron al living, la modelo preparó las bebidas, y luego se sentaron los dos en el sofá.
—Por la tarde tan maravillosa que hemos vivido, Jean-Marc —dijo ella, haciendo entrechocar su copa con la de! fotógrafo,
—Sí, ha sido magnífica —sonrió él.
Ingirieron sendos sorbos de licor.
Después, la modelo preguntó:
—¿Desde cuándo no hacíamos el amor, Jean-Marc?
—Bueno, si no recuerdo mal, la última vez que posaste para mí nos amamos también —carraspeó el fotógrafo.
—Hace tanto tiempo, que ya lo he olvidado.
—¿Es un reproche, Paulette?
—Sí.
—Tengo que trabajar con otras modelos, compréndelo.
—Lo sé, y eso no te lo reprocho. Pero, aunque no me hayas necesitado como modelo estas últimas semanas, podías haberme necesitado como mujer. Eso es lo que te echo en cara, no el que no me hayas llamado para posar. Afortunadamente, me sobran ofertas.
Jean-Marc carraspeó de nuevo.
—He estado muy atareado últimamente, Paulette. Y lo sigo estando, créeme. Por eso te dije que no podré quedarme mucho tiempo.
—Haces el amor con las otras modelos, ¿verdad?
—Paulette, por favor... —tosió Jean-Marc.
—Yo no lo hago con todos los fotógrafos, para que lo sepas. Ni con la mitad tampoco. Ni siquiera con unos pocos. Si lo hago contigo, es

porque me gustas de verdad.
Jean-Marc le acarició el cabello.
—Tú a mi también me gustas mucho, Paulette.
—Como las otras modelos, ni más ni menos.
-No digas eso.
—Si yo fuera tan especial para ti, como lo eres tú para mí, no me buscarías solamente cuando me necesitas como modelo. Nos veríamos a menudo y pasaríamos muchas noches juntos.
—Prometo venir a verte pronto, Paulette.
—¿Cuándo?
—Mañana, pasado... En cuanto pueda.
—¿Por qué no te quedas esta noche conmigo? Ya que estás aquí...
—Me gustaría, pero no puedo.
—No quieres, que no es lo mismo. Como ya me has tenido esta tarde en tus brazos, no tienes ganas de tomarme de nuevo.
—Eso no es cierto, Paulette.
—Demuéstramelo.
—¿Cómo?
—Pasando la noche conmigo.
—¿Y qué hago con el mucho trabajo que tengo?
—¡Mandarlo a la porra!
Jean-Marc fue a decir algo pero Paulette no le dejó hablar.
Ya le estaba besando en los labios.
Fogosamente.
Jean-Marc no fue capaz de rechazarla, pero procuró no mostrarse tan fogoso como ella, porque si se excitaba demasiado tendría que hacer nuevamente el amor con la modelo.
Sin separar su boca de la de él, Paulette se abrió la blusa, cogió la mano de Jean-Marc, y la guió ansiosamente hasta sus pechos desnudos, para que se los acariciara.
El fotógrafo lo hizo, pero muy levemente, porque seguía decidido a no dejarse dominar por la pasión.
La modelo, dándose cuenta de ello, interrumpió el fervoroso beso y lo miró, con el ceño fruncido.
—No sientes el menor deseo de besarme ni de acariciarme, ¿verdad?
—Te equivocas, Paulette.
—¡No puedes estar más frío, Jean-Marc!
—Porque me reprimo.
—¿Qué?
—No quiero empezar algo que sé que no podré terminar como es debido, Paulette.
—Vuelves a pensar en tu trabajo, ¿eh?
—Así es.
—Te dije que lo mandaras a la porra.

—No puedo.
—En cambio, si que puedes mandarme a la porra a mí.
—No digas tonterías, Paulette.
—Te estoy ofreciendo mi boca, mis pechos, todo mi cuerpo... Sin embargo, me rechazas, lo que demuestra claramente que tu trabajo es más importante para ti que yo.
—Esta noche, sí. Pero no lo será mañana, te lo prometo.
—¿Quieres decir que vendrás mañana?
—Sí, pasaremos la noche juntos.
—¿Seguro?
—Te lo he prometido, ¿no?
La modelo exhaló un suspiro de resignación.
—De acuerdo, esperaré hasta mañana.
—Buena chica —sonrió el fotógrafo, y le dio un tierno beso en los labios.
Ella le apuntó con el dedo.
—Como no vengas, soy capaz de ir en tu busca y pegarte un par de tiros, te lo advierto.
Jean-Marc rió y le mordió la yema del dedo con el que Paulette le apuntaba, arrancándole un gritito.
—¡Salvaje!
—La culpa es tuya, por tener un dedito tan tentador.
Como seguía con la blusa abierta, la modelo llenó sus pulmones de aire y sus senos parecieron apuntar también al fotógrafo.
—No es lo único que tengo tentador, Jean-Marc —dijo, con malévola sonrisa.
—Desde luego que no —carraspeó Barroux, con los ojos clavados en el agresivo busto femenino.
—Vamos, muérdeme más cosas —pidió Paulette.
—Mañana, ¿eh? —dijo el fotógrafo, poniéndose en pie.
—Está visto que esta noche no puedo conseguir nada de ti —suspiró la modelo, irguiéndose también.
Se cerró la blusa y acompañó a Jean-Marc hasta la puerta.
Se dieron un beso de despedida.
Después, el fotógrafo abandonó el apartamento de Paulette Serrault, sin sospechar que era la última vez que veía con vida a la atractiva modelo.

CAPITULO II

Paulette Serrault, antes de prepararse la cena, decidió darse una ducha de agua fría, porque necesitaba refrescarse tanto por fuera como por dentro.
Mientras caminaba hacia el dormitorio, se despojó de la blusa y de la falda, entrando en la habitación con ambas prendas en las manos. Las dejó sobre una silla y procedió a despojarse también de las sucintas braguitas, entrando completamente desnuda en el baño.
Se colocó debajo de la ducha y dejó caer el agua, que resbaló por todo su cuerpo, causándole un estremecimiento general, del que se libró friccionándose vigorosamente el pecho, las caderas, el vientre y los muslos.
Permaneció unos diez minutos bajo la ducha.
Luego, cerró la llave del agua fría, atrapó la toalla, y se secó el cuerpo. Lo hizo suavemente, sin prisas, porque el roce de la mullida toalla le producía una agradable sensación.
De pronto, creyó oír un ruido.
Paulette se quedó muy quieta, con las orejas tensas.
No oyó nada.
El silencio reinaba en su apartamento.
La modelo pensó que había sido una falsa alarma y continuó secándose con la toalla, tranquilamente. Después, cogió su bata y se la enfundó, atándose el cinturón.
En ello estaba, cuando escuchó otro leve ruido.
Paulette se tensó como una cuerda de guitarra.
Esta vez, estaba segura de haber oído el ruido.
No tenía la menor duda de ello.
¡Había alguien en su apartamento!
Lógicamente, la modelo se asustó, aunque su miedo pasó en seguida, al pensar que se trataba de Jean-Marc Barroux, que había vuelto para pasar la noche con ella.
La puerta no estaba cerrada con llave, así que el fotógrafo no había tenido necesidad de pulsar el timbre. Se había colado silenciosamente en el apartamento, para darle una sorpresa.
Eso creía Paulette, claro.
Desgraciadamente, estaba equivocada.
La persona que se había colado en su apartamento, mientras ella se duchaba, pensaba darle otra clase de sorpresa, mucho más desagradable y peligrosa.
La modelo, sin sospechar que estaba a punto de vivir los momentos más terribles y angustiosos de toda su vida, salió del baño tarareando

una canción, para hacer creer a Jean-Marc que no se había dado cuenta de su presencia en el apartamento.
No vio al fotógrafo en el dormitorio.
Mientras se preguntaba dónde se había escondido, Paulette caminó hacia la puerta, como decidida a salir de la habitación, para ver si el fotógrafo abandonaba su escondite
y la sorprendía por la espalda.
En efecto, la modelo se vio sorprendida por la espalda, aunque no por Jean-Marc Barroux. Se dio cuenta de ello cuando notó el fuerte olor a cloroformo que despedía el pañuelo que acababa de aplicarle el asaltante en la cara, cubriéndole la boca y la nariz.
Al descubrir que no podía ser cosa de Jean-Marc, Paulette se aterró y luchó por librarse de su atacante, antes de que el cloroformo la dejase dormida.
No pudo.
La mano que apretaba el pañuelo contra su cara, era grande y fuerte.
Y velluda.
También era fuerte el brazo que aprisionaba su cintura.
Y musculoso.
Paulette, muy a su pesar, acusó los efectos del cloroformo y perdió la noción de la realidad, quedando totalmente a merced del hombre que la había sorprendido por la espalda.

* * *

Cuando Paulette Serrault volvió en sí, se encontró acostada en su cama, desnuda, porque la habían despojado de la bata.
Lo peor, sin embargo, era que sus manos estaban atadas al cabezal de la cama.
También sus pies estaban atados, al otro extremo de la cama.
Tanto sus brazos como sus piernas estaban muy separados.
Y claro, Paulette pensó que su atacante la había colocado de aquella manera para poder abusar de ella
con toda comodidad, sin forcejeos, sin pataleos, sin impedimento alguno.
Lo buscó con sus espantados ojos, pero no lo vio por ninguna parte.
A pesar de ello, la modelo sintió deseos de chillar.
De pedir socorro a pleno pulmón.
Y lo intentó.
Lamentablemente, ningún sonido salió de su boca, porque se la habían sellado con una ancha tira adhesiva, para que no pudiera gritar cuando se despertara.
Paulette, presa del pánico, intentó soltarse, pero tanto sus manos como sus pies habían sido atados con unas delgadas y resistentes cuerdas de plástico, que no fue capaz de romper.

Lo único que consiguió, fue lacerarse las muñecas y los tobillos, porque las finas cuerdas penetraron en su carne, lo que la obligó a desistir.
Siempre con los ojos dilatados de espanto, Paulette buscó nuevamente al hombre que la había atado a la cama, mientras ella se hallaba bajo los efectos del cloroformo.
No estaba en la habitación.
¿Estaría en el baño...?
La luz, desde luego, estaba encendida.
Y la puerta, entreabierta.
Claro que también estaba entreabierta la puerta de la habitación.
Ruido, sin embargo, no se oía ninguno.
O el tipo era silencioso como un gato, o había abandonado el apartamento.
Paulette deseó lo segundo, aunque tenía pocas esperanzas de que fuera así, porque no era lógico que el atacante se hubiera marchado, después de tomarse la molestia de asaltarla, de dormirla con cloroformo, y de atarla concienzudamente a la cama, completamente desnuda.
Si el tipo había hecho todo eso, era por algo.
¿Por qué, exactamente...?
Paulette volvió a pensar en la violación.
No se le ocurría otra cosa.
Ella era joven, atractiva, deseable...
Gustaba a los hombres.
Y el tipo que la había sorprendido, quería conseguirla de aquella manera tan sucia y tan miserable.
Sin duda se trataba de un maníaco sexual.
Y eso era lo más terrible, porque si realmente se trataba de un perturbado mental, podía hacer algo más que ultrajar su cuerpo desnudo e indefenso.
Podía hacerle daño deliberadamente.
Torturarla.
Incluso asesinarla, una vez saciado su apetito sexual y su sádico instinto.
Este último pensamiento hizo que Paulette se pusiera a temblar sobre la cama.
Que un maníaco la violase, ya era horrible, pero que la hiciese sufrir, torturándola, y que luego la asesinase, le produjo un pánico cerval.
Intentó de nuevo soltarse una de las manos, pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles. Sólo consiguió lastimarse más las muñecas, así que volvió a desistir.
Su cuerpo desnudo, ahora, brillaba a causa del sudor.
Era, sin embargo, un sudor frío.

Helado.
Gélido como la misma muerte.
Una muerte en la que Paulette Serrault no quería pensar, precisamente porque sospechaba que tenía muchas posibilidades de convertirse en cadáver aquella misma noche.
Por eso su sudor era tan anormal.
Y es que la modelo no se había sentido tan aterrorizada en toda su vida.
Pensó en Jean-Marc Barroux.
¿Por qué se marcharía?
Si se hubiera quedado con ella, no se encontraría ahora en aquella situación tan desesperada, porque el maníaco sexual no se habría atrevido a actuar.
El maníaco...
¿Dónde diablos estaba?
¿Por qué no se dejaba ver?
¿A qué esperaba?
Paulette empezó a dudar que el tipo continuara en su apartamento.
Encontraba muy raro que se hubiese marchado, sin tocarla, pero...
¿O acaso la habría «tocado» ya...?
Paulette levantó la cabeza y se observó el cuerpo, pero no encontró la menor huella de que hubiera sido ultrajado, descartando totalmente la posibilidad de que el maníaco la hubiera violado ya.
Se disponía a descansar de nuevo la cabeza en la almohada, cuando descubrió algo que le heló la sangre en las venas.
¡Era una araña...!
¡Una araña enorme!
¡Monstruosa!
¡Había trepado silenciosamente a la cama y ya caminaba por ella, acercándose a la pierna derecha de la modelo!
Paulette se agitó desesperadamente sobre la cama, en un intento inútil de alejarse de la terrorífica araña, de cuerpo negro por encima, rojizo por debajo y velloso en el tórax, abdomen casi redondo y patas fuertes.
—¡Mmmm...! —fue todo lo que pudo decir la modelo, a punto de desvanecerse de terror, porque sabía a qué especie pertenecía la gigantesca araña.
¡Era una tarántula...!

CAPITULO III

Jean-Marc Barroux no había engañado a Paulette Serrault, pues era cierto que tenía mucho trabajo pendiente, razón por la cual no se dirigió a su apartamento, sino a su estudio.

Detuvo su Opel Ascona frente a él, cargó con sus cámaras fotográficas, y salió del coche. En el portal del edificio, encontró a una preciosa muchacha de cabellos dorados, ojos azules, grandes y ligeramente rasgados, pómulos altos, marcados, elegantes, y labios rosados, carnosos, tremendamente sensuales.

La belleza del rostro femenino hizo que el fotógrafo se detuviera en el portal, para observar más detenidamente a la chica, a la que le concedió unos veintitrés años de edad.

Calculó también su estatura, concediéndole como mínimo 1,70, que no estaba nada mal para una mujer. Poseía, además, unas formas esbeltas, sin falta ni exceso de centímetros en ninguna parte.

La chica vestía un ajustado pantalón blanco y una liviana blusa amarilla, semitransparente, lo que permitía vislumbrar el breve sujetador blanco. Los zapatos, de alto y fino tacón, eran rojos y de puntera descubierta.

La hermosa joven llevaba un bolso de piel colgado al hombro, del que acababa de extraer una cajetilla de cigarrillos, llevándose uno a los labios.

Jean-Marc se apresuró a sacar su encendedor de gas y lo accionó, haciendo brotar la llama.

—¿Me permite...?

—Gracias —sonrió suavemente la chica.

Jean-Marc aproximó la llama al extremo del cigarrillo, encendiéndolo.

La joven expulsó el humo y dijo:

—Es usted Jean-Marc Barroux, ¿verdad?

El fotógrafo denotó sorpresa.

—¿Cómo lo ha adivinado...?

—Por las cámaras.

—Conocía usted mi profesión, ¿eh?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Catherine Aumont.

—¿Me estaba esperando usted, Catherine...?

—Así es.

—De haberlo sabido, hubiera venido antes.

—No se preocupe.

—¿Hace mucho que espera, Catherine?

—Bastante.
—No sabe cuánto lo siento. Salí al campo, a hacer unas cuantas fotos, y...
—¿Con alguna modelo?
—Sí, por supuesto.
—¿Odile Petit, por casualidad...?
—¿Conoce usted a Odile?
—Sí, ella fue quien me habló de usted.
—Me alegro de que lo hiciera, porque así hemos tenido oportunidad de conocernos —sonrió el fotógrafo.
—¿Odile no le ha hablado de mí, Jean-Marc?
—No, y creo que no se lo perdonaré. Bueno, en realidad hace varias semanas que no veo a Odile.
—Entonces, no era ella la modelo que posó para usted esta tarde, en el campo...
—No, no era Odile, sino Paulette. ¿Conoce usted a Paulette Serrault, Catherine...?
—Personalmente, no. Pero la he visto fotografiada en algunas revistas. Es una chica muy atractiva.
—Usted también lo es, Catherine.
—Gracias.
—¿Por qué no subimos a mi estudio? Hablaremos más cómodamente allí.
—De acuerdo —accedió la joven.
—Vamos.
El estudio de Jean-Marc Barroux se hallaba en la tercera planta.
Una vez en él, y después de deshacerse de las cámaras fotográficas, Jean-Marc sugirió:
—¿Le sirvo algo de beber, Catherine?
—Bueno.
—¿Qué le apetece tomar?
—Cualquier cosa.
—Lo deja a mi elección, ¿eh?
—Así es.
—Bien. Siéntese, Catherine, mientras preparo las bebidas.
—Gracias.
Catherine Aumont se sentó en el diván y cruzó las piernas.
Poco después, Jean-Marc Barroux se sentaba a su lado y le ofrecía una de las copas que había preparado.
—Espero que esté a su gusto.
—Seguro —sonrió ella, y se llevó la copa a los labios.
Jean-Marc tomó también un sorbo de su copa y preguntó:
—¿Por qué ha venido a verme, Catherine?
—¿No se lo imagina?

—¿Es usted modelo profesional?
—Todavía no, pero aspiro a serlo.
—Y le gustaría empezar posando para mí, ¿no? —En efecto.
—Creo que llegaremos rápidamente a un acuerdo. —Por la cuestión económica, no discutiremos, se lo aseguro. Todavía no he posado para nadie, así que no puedo exigir. Me conformaré con lo que quiera pagarme. Es más, estoy dispuesta a someterme gratuitamente a una prueba, porque la verdad es que no sé si serviré para este trabajo.
—¿Por qué no iba a servir?
—No lo sé. Le repito que no he posado nunca, y puede que no tenga gracia para hacerlo.
—Es lo más fácil del mundo, se lo aseguro.
—Eso dice Odile, pero...
—¿Cuándo quiere que le haga la prueba?
—Cuando usted diga.
—Por mí, ahora mismo.
La joven respingó ligeramente.
—¿Ahora?
—¿Tiene algún inconveniente, Catherine?
—No, ninguno —respondió la aspirante a modelo profesional, procurando disimular su nerviosismo.
—Bien. En cuanto nos tomemos la copa, empezaremos —dijo el fotógrafo, e ingirió otro sorbo.
Catherine le imitó.
Poco después, ambas copas estaban prácticamente vacías.
Jean-Marc se deshizo de la suya y se puso en pie,- diciendo:
—Vamos con la prueba, Catherine.

* * *

En el apartamento de Paulette Serrault, nada había cambiado.
La modelo seguía atada de pies y manos a su cama, desnuda, con una ancha tira adhesiva pegada a su boca, impidiéndole chillar y pedir socorro, mientras la peligrosa tarántula se aproximaba a ella.
Lo hacía lentamente, como si supiera que su víctima no podía escapar, por muy desesperadamente que lo intentara.
Estaba ya muy próxima a la pierna derecha de Paulette, que ésta agitaba, como el resto de su cuerpo, presa de un pavor indescriptible.
Y era lógico que la modelo se sintiera dominada por el más puro terror, porque sabía, como todo el mundo, que la picadura de una tarántula es venenosa, mortal.
¡Y ella nada podía hacer para evitar que le picase!
¡Estaba condenada!
¡Iba a morir...!
El pánico y la desesperación, sin embargo, no impidieron que Paulette

recordara que, si una persona se mantenía absolutamente quieta, tenía muchas más posibilidades de que la tarántula no le picase y se limitase a pasearse por su cuerpo.
Y como eso era lo único que la modelo podía hacer, para intentar librarse de la muerte, dejó de agitarse y se quedó quieta sobre la cama.
Bueno, relativamente quieta, porque su cuerpo temblaba de pies a cabeza. Y eso no podía evitarlo la aterrada Paulette.
La monstruosa araña tomó contacto con la pierna de la modelo, trepando exactamente por la rodilla.
A Paulette le resultó muy difícil no agitar de nuevo la pierna, en un desesperado intento de despedir bruscamente a la peligrosa tarántula.
El contacto de las fuertes patas de la araña produjo un terrible escalofrío a la modelo,
acentuando los temblores de su cuerpo desnudo.
Ahora, Paulette se alegraba de tener una tira adhesiva pegada a su boca, porque de no ser por eso se hubiera puesto a chillar como una loca, hubiese asustado a la tarántula, y ésta le habría picado instantáneamente, transmitiéndole su veneno.
De momento, la araña no la había picado.
Estaba trepando por su muslo derecho, sin ninguna prisa.
Y no lo hacía tampoco en línea recta, sino que se desviaba deliberadamente tanto hacia la cara interior como posterior del muslo, causándole a su víctima un cosquilleo que la obligaba a estremecerse una y otra vez.
Con ojos desorbitados de terror, Paulette contemplaba la ascensión de la negra y peluda araña, preguntándose cuándo y dónde decidiría asestarle su mortal picadura.
¿O no lo haría...?
Era la remota esperanza que tenía la modelo, y por eso continuaba quieta sobre la cama, resistiendo valientemente el estremecedor paseo de la tarántula por su cuerpo y tembloroso.
La araña alcanzó la cadera derecha de su víctima, recorrió su vientre, se paseó por su región pubiana, alcanzó su muslo izquierdo y lo recorrió también, bajando hasta casi la rodilla.
Paulette, con la respiración contenida, deseó fervientemente que la escalofriante araña siguiera descendiendo por su pierna, alcanzara el pie, y abandonara su cuerpo, bajándose de la cama.
¡Menudo respiro de alivio daría!
Pero no tuvo esa suerte.
La tarántula, poco antes de alcanzar su rodilla, dio media vuelta y comenzó a trepar de nuevo por el muslo.
Paulette tuvo un fallo cardíaco.
«¡Dios mío, no!», exclamó con el pensamiento, sintiendo nuevamente

deseos de agitar la pierna con brusquedad.
No se atrevió a hacerlo, porque, si no lograba despedir a la venenosa araña con su primer movimiento brusco de pierna, y parecía bastante difícil conseguirlo, la tarántula se enfurecería y la picaría inmediatamente, causándole la muerte.
Seguramente se la causaría de todas formas, pero...
Paulette vio que la tarántula alcanzaba su cadera izquierda, recorriendo seguidamente su vientre y su pubis por segunda vez, para luego irse hacia arriba, en busca de sus pechos.
La modelo se estremeció por enésima vez.
Y es que ahora, su terror, era aún mayor.
Veía más cerca a la tarántula y le parecía más grande, más horrorosa, y más peluda. Sus ojos compuestos eran horribles, siniestros, estremecedores, y los movimientos de sus quelíceros ponían los pelos de punta.
Paulette ya no podía más.
Estaba a punto de desmayarse de horror, y pensaba que iba a suceder de un momento a otro.
La tarántula alcanzó los hermosos pechos de la modelo y se paseó por ellos, subiéndolos
y bajándolos como si estuviera jugando.
Paulette apretó la cabeza contra la almohada, absolutamente aterrorizada por la proximidad de la enorme araña.
¿Se pasearía, también, por su cara...?
La modelo pidió al cielo que no, porque estaba segura de que no lo resistiría.
Desgraciadamente, el cielo no la oyó y la tarántula dejó de remontar sus firmes pero estremecidos senos, avanzando hacia su cuello.
Paulette, en efecto, no resistió que la horrorosa araña trepara por su garganta, para pasearse por su rostro, y agitó la cabeza con fuerza.
—¡Mmmm...! —se escuchó, a través de la tira adhesiva que le cubría la boca.
La modelo había sufrido un ataque de histeria y no sólo agitaba la cabeza, sino todo el cuerpo, sin pensar ya en lo que pudiera hacerle la tarántula.

CAPITULO IV

Catherine Aumont no tuvo más remedio que deshacerse también de su copa y levantarse del diván, para someterse a la prueba que quería hacerle Jean-Marc Barroux.

El fotógrafo la cogió del brazo, con suavidad, y rogó:

—Venga conmigo, Catherine.

La joven se dejó llevar a la parte del estudio en donde solían posar las modelos de Jean-Marc, quien encendió las luces especiales y dijo:

—Quédese ahí, Catherine.

La muchacha, sorprendida, preguntó:

—¿Va a fotografiarme vestida?

—Vestida, en ropa interior, y desnuda —respondió Jean-Marc, con una agradable sonrisa—. Iremos por partes.

—Ya me extrañaba a mí —murmuró Catherine, cuyo nerviosismo crecía por momentos.

Jean-Marc cogió una de sus cámaras y la preparó, a un par de metros escasos de la aspirante a modelo fotográfica.

—¿Está nerviosa, Catherine?

—¿Se me nota demasiado?

—Un poco.

—Lo siento, pero ya le he explicado que es la primera vez que poso para un fotógrafo y temo no hacerlo bien.

—Saldrá airosa de la prueba, no lo dude.

Catherine Aumont forzó una sonrisa.

—Gracias por darme ánimos.

—¿Quiere que nos tuteemos, Catherine?

—¿Tutearnos?

—Creo que eso haría las cosas más fáciles para usted. Y también para mi. La confianza, entre fotógrafo y modelo, es muy importante y redunda en beneficio de ambos.

—Tiene razón, Jean-Marc.

—Me alegra que estés de acuerdo. Bien, vamos a empezar, Catherine.

—Tengo que cambiar de pose, ¿no?

—Sí, cada vez que yo dispare mi cámara, adopta una postura distinta.

—¿Y cuándo tengo que empezar a quitarme ropa?

—Yo te lo indicaré.

—Bien.

—¿Lista, Catherine?

—Sí.

—Adelante —dijo Jean-Marc, disparando su cámara por primera vez.

Catherine adoptó otra postura, sin dejar de sonreír, aunque se le

notaba que lo hacía nerviosamente, sin naturalidad.
Jean-Marc se dio cuenta de ello, claro, pero no hizo ningún comentario al respecto. Catherine tenía que tranquilizarse por sí misma, y no lo lograría hasta pasados algunos minutos, porque los primeros iban a ser los más difíciles para ella.
El fotógrafo accionó su cámara varias veces más y luego indicó:
—Descálzate, Catherine. Y quítate el pantalón.
—Bien.
—Lo estás haciendo muy bien, ¿sabes? —mintió Jean-Marc.
—¿De veras? —se alegró Catherine.
—Sí, te mueves con mucha soltura y elegancia. Tienes condiciones para ser modelo, no hay duda.
La joven sonrió.
—Qué alegría me das, Jean-Marc —confesó, ya con el pantalón en las manos.
El fotógrafo la miró de cintura para abajo.
—Tienes unas piernas preciosas.
—Gracias.
—Bien, continuemos.
—¿No tengo que quitarme la blusa?
—Todavía no.
—De acuerdo —sonrió Catherine, algo más tranquila que antes.
Jean-Marc le hizo varias fotos más y pidió que se quitara la blusa. Catherine obedeció, quedando en pantaloncitos y sujetador, lo cual pareció ponerla nerviosa de nuevo.
—Te estás comportando como una profesional —dijo el fotógrafo, para animarla.
—Trato de hacerlo lo mejor que sé —respondió ella, sonriendo.
—Puedes considerarte contratada ya, Catherine.
—¿En serio...? —exclamó la muchacha, olvidándose de sus nervios.
—Sí. Y por lo mismo que cobran Odile y Paulette.
—¡No puedo creerlo!
Jean-Marc rió,
—Venga, continuemos.
Catherine posó en braguitas y sostén.
Y, curiosamente, lo hizo con más naturalidad ahora que cuando posó vestida.
Jean-Marc lo advirtió y se felicitó por el efecto que sus palabras habían sabido causar en la aspirante a modelo, aunque se decía que Catherine aún tenía que pasar la prueba más difícil.
¿La superaría...?
¿Se pondría nuevamente nerviosa...?
Jean-Marc decidió averiguarlo, indicando:
—Despójate del sujetador, Catherine.

La muchacha vaciló.
Jean-Marc observó que se ruborizaba y preguntó:
—¿Te da vergüenza, Catherine...?
—No.
—¿Qué es lo que te hace titubear, entonces...?
—Nada —respondió ella, y se llevó las manos a la espalda, desabrochándose el sujetador.
Se lo quitó mirando de frente al fotógrafo, como para demostrarle que era cierto que no le daba vergüenza quedarse con los pechos al aire delante de él.
Sus coloreadas mejillas sin embargo, demostraban lo contrario.
Jean-Marc observó los senos de Catherine, bellos y armoniosos, de pezones pequeños y aureolas rosadas.
—También tus pechos son preciosos —comentó.
—Gracias.
—Bien, prosigamos —indicó el fotógrafo, manejando de nuevo su cámara.
Catherine Aumont posó más torpemente que a lo largo de toda la sesión, porque se hallaba terriblemente nerviosa y no sabía disimularlo, como lo demostraba el rubor de su rostro, que lejos de remitir, se acentuaba.
Y eso que aún conservaba el pantaloncito.
¿Qué pasaría cuando Jean-Marc le indicara que se despojase de él...?
La cara le ardería, seguro.
Fue lo que pensó Jean-Marc, y para evitarle ese mal rato a la muchacha, bajó la cámara y dijo:
—Es suficiente, Catherine.
—¿Qué?
—Hemos terminado.
—¿No dijiste que tenías que hacerme algunas fotos desnuda...?
—Otro día.
—¿Qué quieres decir?
—Hoy no saldrían bien, Catherine.
—¿Por qué no?
—Estás demasiado nerviosa. Más aún que cuando empezamos. Sólo te vi tranquila y natural cuando posabas en ropa interior. Despojarte del sujetador, y ponerte como un flan, fueron dos hechos simultáneos. Y así continúas, hecha un flan.
—No es cierto.
—¿Te atreves a negarlo...?
—¡Sí!
—Tócate las mejillas y verás. Seguro que te quemas.
Catherine se tocó la cara.
—¡Son las luces, Jean-Marc!

—Conque las luces, ¿eh?
—¡Pues claro!
Jean-Marc sacudió la cabeza.
—Es el rubor, Catherine. Un rubor intenso, porque te da vergüenza posar con los pechos al aire.
—¡No es verdad! —negó la joven.
—Si te pidiera que te despojaras del pantaloncito, te daría un mal y tendría que llamar al médico de urgencia.
Catherine dio una furiosa patada en el suelo, olvidando que estaba descalza, por lo que se hizo daño. Se aguantó, no obstante, y rugió:
—¡No soy una niña, Jean-Marc!
—Físicamente, salta a la vista que no, pero en el otro aspecto...
—¡Tampoco! ¡Y te lo voy a demostrar!
En menos que canta un gallo, Catherine Aumont se despojó de su prenda más íntima y quedó completamente desnuda.
—¿Ves como no me da ningún mal, Jean-Marc...? —exclamó, aunque la verdad es que el corazón le latía a ritmo de carrera y parecía querer escapar de su pecho.
El fotógrafo dirigió una fugaz mirada al triángulo íntimo de la aspirante a modelo, carraspeó levemente, y respondió:
—Celebro haberme equivocado, Catherine. De todos modos, es mejor que continuemos mañana. Te sentirás más tranquila y relajada.
—¡Mañana posará para ti tu tía! —rugió la joven, y empezó a vestirse con asombrosa rapidez.
—No te enfades, Catherine. Lo hago por tu bien.
—¡Y un cuerno!
—¿Prefieres seguir posando ahora, con esa excitación?
—¡Ni ahora ni nunca!
—¿Qué quieres decir, Catherine...?
—¡Que no volverás a verme el pelo, Jean-Marc! ¡Y no le busques doble sentido a la frase, porque te ganarás una buena bofetada!
El fotógrafo tosió.
—Ni se me había ocurrido, te lo aseguro.
—¡Por si acaso! —repuso la muchacha, y como ya estaba vestida y con los zapatos puestos, corrió hacia la puerta.
—¡Catherine! —exclamó Jean-Marc.
La enfurecida joven cogió su bolso, sin volverse, y abandonó el estudio del fotógrafo, dando un fuerte portazo.

CAPITULO V

Jean-Marc Barroux tenía la esperanza de que a Catherine Aumont se le pasara el enfado y volviera al día siguiente, pero no fue así. Y la verdad es que lo sintió, pues deseaba verla de nuevo.

Había revelado ya las fotos que le hiciera, y aunque la mayoría no eran buenas, por culpa de los nervios de la aspirante a modelo profesional, la belleza de su rostro y la perfección de su cuerpo podía apreciarse claramente en todas ellas.

A Catherine sólo le faltaba naturalidad, perder la vergüenza que le producía posar ligera de ropa o completamente desnuda. Si lo conseguía, sería una modelo perfecta, con la que daría gusto trabajar.

Jean-Marc no había olvidado la promesa que le hiciera a Paulette la noche pasada, así que abandonó su estudio alrededor de las ocho y se dirigió en su coche al apartamento de la modelo profesional, para pasar la noche con ella.

Estacionó el Opel Ascona y se introdujo en el edificio, tomando el ascensor. Un minuto después, pulsaba el timbre del apartamento de Paulette.

La modelo no abrió.

Jean-Marc, extrañado, repitió la llamada.

El resultado fue el mismo.

Jean-Marc iba a marcharse ya, pensando que la modelo no se encontraba en su apartamento, pero le pareció muy raro que Paulette hubiera salido, sabiendo como sabía que él iría aquella noche.

Fue ella la que insistió.

Y mucho, hasta el punto de amenazarle con pegarle un par de tiros si no acudía.

No fue una amenaza seria, claro, pero venía a demostrar el interés que Paulette tenía en pasar una noche entera con él, por lo que Jean-Marc intentó abrir la puerta.

Como no estaba cerrada con llave, pudo entrar en el apartamento.

Las luces estaban encendidas, lo que demostraba que la modelo no había salido.

Jean-Marc pensó que Paulette se encontraba en el baño, tal vez dándose una ducha, y que por eso no había oído sus llamadas, así que fue directamente al dormitorio de la modelo.

La puerta se hallaba entornada.

Jean-Marc la empujó y penetró en la habitación.

Al instante, sin embargo, se quedó clavado.

Y horrorizado.

No podía creer lo que sus dilatados ojos estaban viendo.

Y es que estaban viendo el cadáver de Paulette Serrault.
La modelo seguía atada a su cama, desnuda, con la ancha tira adhesiva cubriéndole la boca.
Lo más espantoso, sin embargo, eran las numerosas manchas oscuras que salpicaban su cuerpo. Las tenía en el cuello, en los pechos, en los brazos, en el estómago, en el vientre, en las caderas, en los muslos...
Eran picaduras.
Picaduras venenosas.
Las picaduras de la tarántula que se paseara por el cuerpo desnudo de la aterrorizada modelo, antes de ensañarse con ella.
Ensañarse, sí, porque no era normal que una araña, fuera de la especie que fuera, picara tantas veces a su víctima.
Por desgracia para Paulette, a ella le había tocado en suerte una tarántula muy especial.
Se trataba, ni más ni menos, que de una tarántula asesina, capaz de permanecer gustosamente sobre el cuerpo de su víctima horas y horas, picando aquí, picando allá, y picando más allá.
Su amo lo sabía.
Por eso la eligió como arma para acabar con la vida de Paulette Serrault.
Y para llenar de terror y desesperación a la modelo, antes de poner fin a su vida.
El tipo no era mejor que su tarántula.

* * *

Jean-Marc Barroux, estremecido de horror, llamó a la policía.
Utilizó el teléfono del living.
Había otro sobre la mesilla de noche de Paulette Serrault, pero el fotógrafo no quiso acercarse a la cama, porque el espectáculo era demasiado espantoso. Sentado en el sofá del living, sin mover un solo músculo de su cuerpo, y con las facciones desencajadas, Jean-Marc aguardó la llegada de los servidores de la ley.
No tuvo que esperar mucho, porque el comisario Reynaud y sus hombres acudieron con prontitud, acompañados del forense.
Jean-Marc les abrió la puerta y los hizo pasar al dormitorio de la infortunada Paulette, quedándose él en el umbral.
El forense examinó el cadáver de la modelo.
El comisario Reynaud y sus hombres, visiblemente impresionados, observaron también a la víctima.
Marcel Reynaud tenía treinta y ocho años de edad, era bastante alto y de complexión robusta. Tenía las facciones enérgicas y la mirada inteligente.
Jean-Marc regresó al living, se sentó en el sofá, y encendió un cigarrillo con mano ligeramente temblorosa. También los labios

parecían temblarle.
Y es que, contemplar nuevamente el cadáver de Paulette, lleno de aquellas horribles manchas oscuras, le había obligado a estremecerse de pies a cabeza por segunda vez.
Había consumido la mitad del cigarrillo, aproximadamente, cuando vio salir al comisario Reynaud del dormitorio de la infortunada Paulette.
Marcel caminó hacia el living, impresionado todavía por lo que había visto.
—¿Le importaría repetirme su nombre? —rogó, echando mano también de sus cigarrillos, porque necesitaba fumar.
—Jean-Marc Barroux.
—¿A qué se dedica?
—Soy fotógrafo.
—Una profesión muy interesante —comentó Reynaud, y encendió el cigarrillo que se
había puesto entre los labios.
Jean-Marc se mantuvo callado.
El comisario Reynaud se sentó en un sillón y preguntó:
—¿Cómo dijo que se llamaba la víctima, Jean-Marc?
—Paulette Serrault.
—¿Tenía alguna ocupación?
—Sí, era modelo profesional. Posó varias veces para mí. La última, ayer por la tarde.
—¿De veras?
Jean-Marc asintió con la cabeza y explicó:
—Le hice las fotos en el campo, a unos treinta kilómetros de París. Hoy las he revelado. Si quiere verlas, las tengo en mi estudio. Salieron todas muy bien. Paulette era una magnífica modelo.
—¿Qué hicieron cuando regresaron a la ciudad?
—Tomamos una copa juntos. Aquí, en el apartamento de Paulette. Ella quería que me quedara a pasar la noche, pero yo me negué, porque tengo mucho trabajo. No obstante, le prometí que vendría esta noche, porque Paulette insistió mucho. Ahora me arrepiento de no haberme quedado anoche. Si no hubiera dejado sola a Paulette, ella seguiría viva.
—¿Mantenían ustedes relaciones íntimas con frecuencia, Jean Marc? —preguntó Reynaud.
—Siempre que Paulette posaba para mí.
—Entonces, ayer tarde...
—Sí, en el campo, al término de la sesión —no tuvo inconveniente en confesar el fotógrafo.
—A pesar de ello, Paulette quería que usted pasara la noche con ella...
—Sí, ya se lo he dicho.

—¿Estaba enamorada de usted, Jean-Marc?
—No, no lo creo. Simplemente, le gustaba. Y ella también me gustaba a mí. Por eso hacíamos el amor, cuando nos veíamos.
—¿Y lo de volver esta noche...?
—Paulette insistió, ya se lo he explicado.
El comisario Reynaud le dio una chupada al cigarrillo, expulsó el humo, y continuó con el interrogatorio:
—¿Mantenía Paulette relaciones sexuales con otros hombres, Jean-Marc?
—Supongo que sí.
—¿No lo sabe con certeza?
—No, porque Paulette nunca me habló de ello. Como tampoco le hablaba yo de las otras mujeres con las que suelo hacer el amor. Es normal, compréndalo.
—Sí, claro.
—¿Saben ya lo que ocurrió, comisario? —preguntó Jean-Marc.
—Bueno, es evidente que alguien sorprendió a Paulette, poco después de que usted se hubiera marchado. Ella, al parecer, iba en bata, porque ésta yace en el suelo. Seguramente se acababa de duchar. El tipo que la asaltó la durmió aplicándole cloroformo, porque la tira adhesiva con la que le selló la boca aún huele a eso. Una vez dormida, la despojó de la bata, la dejó sobre la cama, y la ató fuertemente a ella,
cubriéndole la boca para que no pudiera gritar, cuando despertara.
—¿La violó el asesino, antes de matarla?
—Parece que no, porque no ofrece lesiones internas. Es pronto, sin embargo, para afirmarlo o negarlo categóricamente. Habrá que esperar a conocer los resultados de la autopsia. De cualquier modo, el hecho de que Paulette y usted se amaran en el campo, hará problemático saber si ella fue poseída por otro hombre aquí, en su apartamento. El forense asegurará que Paulette tuvo una relación sexual, pero no podrá saber con quién, lógicamente.
—¿Y esas horribles manchas oscuras que tiene por todo el cuerpo...?
—Picaduras —informó Reynaud.
—¿Picaduras...?
—Sí, de algún insecto venenoso. Probablemente, y en opinión del forense, una tarántula.

CAPITULO VI

Odile Petit, la modelo fotográfica que le hablara a Catherine Aumont de Jean-Marc Barroux, acababa de entrar en su apartamento con gesto cansado.
Había posado aquella tarde para un fotógrafo, y la sesión había sido bastante dura, además de aburrida porque François Jaubert, el tipo que manejaba la cámara, no era de los que piropeaban a sus modelos, precisamente.
Más bien todo lo contrario, porque no eran las mujeres lo que a él le gustaban. De haberle gustado, Odile se lo hubiera pasado mucho mejor y hasta es posible que hubiese hecho el amor con él, en su propio estudio, al término de la sesión.
Era lo que sucedía, cuando posaba para Jean-Marc Barroux.
¡Con él sí que se lo pasaba bien Odile!
Y era lógico, porque a Jean-Marc sí le gustaban las mujeres.
Era, además, un tipo simpático.
Y apuesto.
Y un amante experto y apasionado.
Sabía hacer feliz a una mujer.
Odile tenía muchas ganas de que Jean-Marc la llamara de nuevo para posar, porque así tendría la oportunidad de verse otra vez en sus brazos, recibiendo sus ardorosos besos y sus sabias caricias.
¿Cuándo sería eso...?
Odile no lo sabía, lógicamente, pero había decidido ya pasarse por el estudio de Jean-Marc al día siguiente, para recordarle que ella seguía en el mundo de los vivos y que continuaba siendo una mujer joven, hermosa, y apetecible, se la mirase por donde se la mirase.
Era morena, tenía los ojos oscuros y ardientes, y todavía no había cumplido los veinticuatro años de edad.
Con paso cansino, Odile se dirigió a su dormitorio, entró en él, y se desvistió, conservando únicamente el reducido slip color lila. Después, se colocó una bata corta y salió de la habitación, descalza.
Le gustaba caminar así, con los pies desnudos.
Como no tenía mucho apetito, se preparó una cena fría y la llevó al living, junto con una lata de cerveza. Cenaría mientras veía la televisión.
Odile conectó el televisor y empezó a cenar, sentada en el sofá.
Recostada en el sofá, más bien, porque había subido las piernas y las descansaba también sobre él. Unas piernas largas, morenas, perfectamente torneadas, capaces de excitar a cualquiera.
Menos a François Jaubert, claro.

A él, las piernas femeninas, ni fu ni fa.
Las piernas, y todo lo demás.
Odile se dio cuenta la primera vez que posó para François, completamente desnuda, a pesar de lo cual él siguió mirándola con una frialdad absoluta, demostrando su nulo interés por las mujeres.
Desde entonces, le fastidiaba posar para François, pero lo seguía haciendo porque pagaba bien y además era un buen fotógrafo, eso tenía que reconocerlo Odile.
Hacía unas fotos excelentes.
Lástima que le gustaran más las velludas y musculosas piernas de Michel Platini, el famoso futbolista, que las de ella, se decía Odile, pero como la cosa no tenía remedio, ni siquiera pensaba ya en ello.
François se lo perdía.
Y tipos como Jean-Marc se lo ganaban.
¡Ese sí que era un hombre de verdad!
Y para hombres como él estaban en el mundo las mujeres tan atractivas y tan ardientes como ella.
Este pensamiento hizo sonreír a Odile, que ya casi había despachado totalmente los entremeses que se había preparado y se había bebido más de la mitad de la lata de cerveza.
Cuando acabó de cenar, se estiró sobre el sofá y siguió viendo la televisión así, cómodamente tumbada. El programa no era muy bueno, por lo que cambió de canal, utilizando el mando a distancia.
Tampoco parecía gran cosa, así que recurrió al tercer canal de la televisión francesa. Y, como tampoco le gustó, regresó al primer canal y se dispuso a descabezar un sueño, mientras daban un programa mejor.
No tardó ni cinco minutos en quedarse dormida.
Aunque no profundamente, claro, porque aún era pronto para eso.
Por esa razón, por tratarse de un sueño ligero, se despertó al oír un ruido muy próximo a ella.
Odile abrió los ojos.
Al instante, respingó con fuerza sobre el sofá.
¡Sobre la pequeña mesa del living había una urna de cristal!
¡Y en el interior de la urna se movía una araña enorme!
¡Monstruosa!
¡Terrorífica!
Era una tarántula.
La tarántula asesina que la noche pasada le causara la muerte a Paulette Serrault, llenándole el cuerpo de picaduras, después de haberse paseado largamente por él, prolongando el terror, la angustia y la desesperación de su víctima.
Esta noche, la víctima elegida era Odile Petit.
No por la tarántula asesina, claro, sino por su amo, que era tan asesino

como ella.
Y mucho más sádico.

* * *

Jean-Marc Barroux había sentido un profundo escalofrío al escuchar las últimas palabras del comisario Reynaud.
—¿Una tarántula...? —exclamó, con ojos agrandados.
Marcel Reynaud asintió con la cabeza.
—Es lo que piensa el forense,
—Pero, eso...
—Es monstruoso, ya lo sé —le interrumpió el comisario—, Habitualmente, los criminales suelen dar muerte a sus víctimas con una pistola, un cuchillo, una barra de hierro... En fin, utilizando un arma o un objeto que pueda desempeñar el papel de tal. O estrangulándolas, con una cuerda o con sus propias manos. Incluso ahogándolas en una bañera. Todas esas formas de asesinar son conocidas, y por tanto, normales en el mundo del crimen. El método que escogió el asesino de Paulette, sin embargo... Sólo una mente terriblemente perversa y ruin podía idear un plan tan horroroso. Es la obra de un sádico, no cabe duda. Del rey de los sádicos, me atrevería a decir.
Jean-Marc, pálido y estremecido, murmuró:
—La ató desnuda a la cama para que la tarántula se paseara por su cuerpo y la picara una y otra vez...
—Así es —cabeceó Reynaud.
—¿Se imagina lo que debió sufrir Paulette, antes de morir...?
—¿Por qué cree que he dicho lo de «rey de los sádicos»?
Jean-Marc se estrujó los puños.
—Su terror, su horror, su pánico y su desesperación debieron ser terribles...
—Sí.
—Atada, sin poder defenderse, sin poder gritar, y la tarántula recorriendo su cuerpo desnudo, picándole las piernas, el pecho, los brazos... ¡Qué espanto, Dios! —exclamó el fotógrafo, y se cubrió el rostro con las manos.
El comisario Reynaud dejó transcurrir algunos segundos.
Después, dijo:
—Debió tratarse de una tarántula feroz, tanto por su tamaño como por su agresividad, ya que no es normal que una misma araña pique tantas veces a su víctima, según afirma el forense. O eso, o el asesino disponía de varias tarántulas.
Jean-Marc apartó bruscamente las manos de su rostro.
—¿Varias...? —rugió, como un animal herido.
—Es la segunda posibilidad —respondió Reynaud—. La primera, ya se

la he expuesto, también. Y es la que cree más probable el forense, porque la tarántulas son unos bichos extremadamente peligrosos, y poseer varias sería muy arriesgado. Ya lo es poseer una, conque media docena o más…
El fotógrafo, demudado, musitó:
—Me parece estar sufriendo una horrorosa pesadilla.
—A mí también me lo parece, se lo aseguro. Sin embargo, se trata de un suceso rea!. Atroz y monstruoso, pero verdadero. Paulette Serrault está muerta. Lo está desde anoche. *Y* sabemos cómo murió. Lo que no sabemos, es por qué. ¿Tiene usted alguna idea, Jean-Marc?
—¿Cómo voy a tenerla, comisario?
—Usted conocía bien a Paulette, era su modelo, su amiga, y hasta su amante, en muchas ocasiones. Si alguien puede ayudarnos a dar con el asesino, ése es usted, Jean-Marc.
—Me gustaría, se lo aseguro, pero…
—¿Sabe de alguien que odiara a Paulette?
—¿Odiarla?
—Sí, hasta el punto de desear acabar con ella.
El fotógrafo movió la cabeza.
—Paulette no tenía enemigos, que yo sepa. Era una chica estupenda, no hacía daño a nadie. Vivía su vida sin meterse en las vidas de los demás. ¿Por qué iba nadie a querer matarla…?
—Es lo que tenemos que averiguar, Jean-Marc.
—No tengo la menor idea, créame.
—Bueno, quizá recuerde algo mañana. Algún detalle que nos pueda servir de pista. En este momento no está en condiciones de pensar, lo comprendo perfectamente. Mañana, con la mente más despejada y el espíritu más tranquilo…
—No lo creo, comisario. De todos modos, no dude de que si recordara alguna cosa se lo haría saber inmediatamente.
—Con eso me basta.
—¿Tiene que hacerme más preguntas, comisario?
—No, es todo, por el momento.
—¿Puedo marcharme, entonces?
—Desde luego.
—Gracias, comisario.
—A usted, Jean-Marc.
Se habían puesto los dos en pie.
El fotógrafo se despidió del comisario Reynaud y abandonó el apartamento de la infortunada Paulette Serrault.

CAPITULO VII

Odile Petit se resistía a creer lo que sus ojos estaban viendo.
Es decir, la urna de cristal que encerraba a la colosal araña, negra y peluda, siniestra, estremecedora...
La modelo pensaba que no era cierto que se hubiese despertado al oír un ruido. Que seguía dormida y estaba sufriendo una espantosa pesadilla.
No se había movido, continuaba tumbada en el sofá, en la misma posición en que se había dormido. Para saber si estaba despierta o no, se pellizcó el muslo derecho.
Lo hizo con fuerza, para ver si sentía dolor.
Y dolor sintió.
No se trataba, pues, de una pesadilla.
Estaba despierta.
La urna de cristal era real.
Y la monstruosa araña, también.
Odile se aterró aún más, pues, si la urna y la araña eran reales, significaba que alguien se había colado en su apartamento, con tan macabro «obsequio», y lo había dejado sobre la mesa del living, para que ella lo viera cuando se despertara.
Si se trataba de una broma, era de muy mal gusto.
Y si no era una broma, peor.
Lentamente, sin color en el rostro y con todo el cuerpo tembloroso, Odile se incorporó y bajó sus desnudas piernas del sofá, para ponerse en pie.
No pudo hacerlo, porque, justo en aquel momento, el hombre que se había mantenido oculto y silencioso detrás del sofá le rodeó el pecho con su brazo izquierdo, impidiéndole levantarse.
Simultáneamente, la mano derecha del tipo caía sobre la boca y la nariz de la modelo, aplicándole un pañuelo empapado de cloroformo.
Odile, aterrorizada, intentó librarse de su asaltante, pero él tenía mucha más fuerza que ella, y no consiguió escapar. Se agitó, luchó, pataleó, y hasta trató de deslizarse del sofá, pero todo fue inútil.
Poco después, el cloroformo la dejaba dormida y quedaba en manos de su atacante, que era como quedar en manos del mismísimo Lucifer.
O quizá peor.

* * *

El despertar de Odile Petit fue tan terrible como el de Paulette Serrault, ya que, al igual que su compañera de profesión, se encontró atada a su cama, sin la corta bata y sin el slip color lila,

completamente desnuda, y con una ancha tira adhesiva cubriéndole la boca, para que no pudiera gritar.
Hubo, no obstante, una diferencia.
Paulette no sabía nada de una urna de cristal conteniendo una enorme araña negra y peluda, cuando despertó, razón por la cual pensó que su asaltante la había atado desnuda a la cama para poder abusar de ella largamente y con toda comodidad.
Odile, en cambio, sí había visto la urna y la monstruosa araña.
Y volvió a ver la urna ahora, al despertar.
Estaba en el suelo del dormitorio, cerca de la puerta, que permanecía entreabierta, lo mismo que la puerta del baño.
Odile sintió culebrear el pánico en sus huesos.
¡La urna estaba vacía!
¡Su asaltante la había abierto, dejando en libertad a la tarántula!
¡Y Odile adivinaba para qué!
También adivinó por qué estaba desnuda y atada a la cama.
Ella no pensó en violaciones.
Ni en torturas.
¡Sólo pensaba en la terrorífica araña!
¡Intuía que no tardaría en trepar a la cama!
¡Tal vez estuviese trepando ya!
¡Con esa intención la había soltado su atacante!
¡Quería que la tarántula alcanzase su cuerpo desnudo y la picase!
¡Quería asesinarla...!
Desesperada, Odile pugnó por soltarse, pero, al igual que le ocurriera a Paulette, no pudo vencer la fuerte resistencia de las cuerdas de plástico, que le lastimaron las muñecas y los tobillos.
La modelo no tuvo más remedio que desistir.
Su pecho, brillante de sudor a causa del esfuerzo, subía y bajaba muy de prisa, mientras el corazón brincaba en su interior y sonaba como un bombo.
Con ojos despavoridos, Odile vigilaba los bordes de la cama, esperando ver aparecer de un momento a otro a la temible tarántula.
Mientras tanto, se preguntó por qué el hombre que la sorprendiera en el living quería acabar con ella.
¡Y de una manera tan horrible, además!
¿Quién era el tipo?
¿Qué tenía contra ella?
¿Por qué le había preparado un fin tan espantoso...?
Odile no podía responderse.
Hubiera comprendido que el tipo se hubiese colado en su apartamento con intención de violarla, porque era una mujer joven, hermosa y excitante, capaz de encender la llama de la pasión y el deseo en los hombres, pero aquello...

Si Odile hubiera podido hablar, le habría suplicado a su asaltante que volviera a encerrar a la tarántula en la urna y ella, a cambio, se entregaría en cuerpo y alma a él, esforzándose por hacerle pasar la mejor noche de amor de toda su vida.
Aunque fuese feo.
O tuerto.
Ni siquiera le importaría que tuviese joroba.
Con tal de salvar su vida, sería capaz de hacer el amor con el monstruo del doctor Frankenstein.
Pero la vida de Odile Petit estaba sentenciada, porque al tipo que la había atado desnuda a la cama no le interesaba su maravilloso cuerpo.
No sentía el menor deseo de hacer el amor con ella.
Sólo quería matarla.
Y prolongando su terror, su sufrimiento, y su desesperación.
La tarántula asesina se encargaría de ello.
Ya estaba a punto de alcanzar el borde derecho de la cama.
Odile la vio aparecer y la sangre se le congeló en las venas.
—¡Mmmm...! —emitió, a través de la tira adhesiva que le sellaba los labios, al tiempo que se agitaba sobre la cama.
La tarántula avanzó hacia la pierna de su víctima.
Odile tenía los ojos tan abiertos que daba la impresión de que las bolas oculares le iban a saltar fuera de las cuencas.
Siguió agitándose, cada vez más desesperadamente.
Lo único que consiguió con ello, desgraciadamente, fue precipitar el ataque de la feroz araña, que le picó tan pronto como consiguió trepar a su pierna, inyectándole su veneno en la pantorrilla.
La modelo no dejó de moverse.
Intentaba despedir a la tarántula, pero no lo logró, porque las fuertes patas de la araña sabían agarrarse a la carne de su víctima mientras trepaba por su pierna derecha.
Odile recibió picaduras en el muslo, en la cadera, en el vientre, en el otro muslo y en la otra cadera, en el estómago, en los pechos...
No pudo ver más.
Se había desvanecido de horror.
Y ya no volvería a despertar

CAPITULO VIII

El Opel Ascona de Jean-Marc Barroux circulaba por las calles de París, moderadamente, porque el fotógrafo no tenía prisa por llegar a ningún sitio.
En realidad, conducía como un autómata, ya que su mente se encontraba muy lejos de allí. En el apartamento de Paulette Serrault, concretamente.
En el dormitorio de la modelo, exactamente.
Veía a Paulette, atada a su cama, desnuda, con todas aquellas estremecedoras manchas oscuras en el cuerpo, causadas por las picaduras de una feroz tarántula...
No quería pensar en ello, porque le encogía el estómago y le oprimía el corazón, pero no podía alejar de su cerebro la horrorosa imagen. Había quedado demasiado grabada en él.
Por otra parte, Jean-Marc no había sido del todo sincero con el comisario Reynaud. Le aseguró que Paulette no tenía enemigos, lo cual no era totalmente cierto, porque la modelo tenía un enemigo.
Bueno, si no un enemigo, porque la expresión era tal vez demasiado fuerte, sí podía decirse, cuando menos, que existía alguien que estaba resentido con ella.
Se trataba, concretamente, de François Jaubert.
El homosexual.
Paulette había posado varias veces para él, pero últimamente no había querido hacerlo. Tuvieron una discusión, al término de una de las sesiones, y la modelo mandó al fotógrafo a hacer puñetas.
Así como suena.
Jean-Marc lo sabía porque Paulette se lo había contado.
No por eso, sin embargo, pensaba que François había asesinado a Paulette utilizando una tarántula feroz. Ni mucho menos. De ahí que no le hubiera mencionado el incidente al comisario Reynaud.
Sería ridículo sospechar que, sólo porque Paulette había discutido con François y ya no quería posar para él, el fotógrafo decidió asesinarla.
Y de una manera tan monstruosa, además.
Una cosa era que a François no le gustasen las mujeres, y otra muy distinta que las odiase hasta ese punto.
De todos modos, Jean-Marc decidió hablar con él.
Aquella misma noche.
Le comunicaría la muerte de Paulette y vería cómo reaccionaba al saber el horrible fin que había tenido la modelo.
Jean Marc sabía dónde vivía François, así que se dirigió hacia allí.
Lamentablemente, perdió el tiempo, porque el fotógrafo no se

encontraba en su apartamento.
Jean-Marc pensó que tal vez se hallase todavía en su estudio, trabajando, y para allá que se fue.
Otra pérdida de tiempo, ya que François tampoco se encontraba en su estudio, y Jean-Marc tuvo que resignarse a hablar con él al día siguiente.

* * *

Por la mañana, antes de dirigirse a su estudio, Jean- Marc Barroux se pasó por el estudio de François Jaubert. Tuvo más suerte que la noche pasada, porque su colega se hallaba trabajando ya en él.
François Jaubert contaba treinta años de edad, medía alrededor del metro ochenta de estatura, y era de constitución fuerte. Tenía el pelo negro y rizado, y sus facciones no denunciaban, ni mucho menos, su inclinación hacia las personas de su mismo sexo.
Que no tenía en absoluto pinta de marica, vamos.
Había que tratarlo para averiguar que no le interesaban las mujeres.
Jaubert no supo disimular su sorpresa al ver a Barroux.
—Jean Marc...
—Hola, François.
—¿Qué diablos te trae por aquí?
—Tengo que hablar contigo.
—¿Sobre qué?
—Sobre Paulette Serrault.
Jaubert frunció el ceño.
—Paulette ya no posa para mí.
—Lo sé.
—No me interesa hablar de ella.
—Ha muerto, François.
—¿Qué?
—La asesinaron hace dos noches.
—¿Paulette, asesinada...?
—Sí.
—¿Cómo es posible?
—Si me dejas entrar, te daré los detalles.
Jaubert se hizo a un lado, lentamente.
—Pasa, Jean-Marc.
—Gracias —dijo Barroux, y entró en el estudio de su colega.
—Cuéntame lo que pasó, Jean-Marc —rogó François, aparentemente impresionado por la noticia que acababa de recibir.
—¿Estás solo?
—Sí, no hay nadie más en el estudio. Espero a Florence Chardon, pero no vendrá hasta las diez.
—Entonces, podemos hablar tranquilos. No son más que las nueve y

cuarto.

* * *

Jean-Marc Barroux le había explicado ya a François Jaubert cómo había muerto Paulette
Serrault.
François parecía sinceramente horrorizado.
—Es terrible, Jean-Marc…
—Sí, un crimen verdaderamente atroz y monstruoso.
—¿Quién pudo…?
—La policía se ha propuesto averiguarlo. Y yo también.
—¿Tú?
—Apreciaba mucho a Paulette. Y me gustaría vengar personalmente su muerte.
—Lo comprendo.
—Tú no la apreciabas, François, así que no puedes comprenderlo.
—No la apreciaba, es cierto. Incluso la odiaba un poco, desde que se negó a seguir posando para mí —confesó Jaubert—. Sin embargo, lamento su muerte.
—¿Seguro?
—Te lo digo sinceramente.
—Entonces, tendré que borrarte de la lista de sospechosos —dijo Jean-Marc, para ver cómo reaccionaba su colega.
François respingó.
—¿Borrarme de…?
—Sí, te había apuntado entre los enemigos de Paulette.
François tuvo un aparente arrebato de cólera y le dio un tremendo puñetazo a Jean-Marc en la barbilla, tirándolo al suelo.
Y no esperó a que se levantara.
Se arrojó sobre él como una fiera y disparó de nuevo el puño.
Esta vez, sin embargo, falló, porque Jean-Marc movió velozmente la cabeza.
François aulló cuando su puño golpeó el suelo.
Jean-Marc proyectó el suyo, haciéndolo percutir en la mandíbula de su colega.
François cayó de espaldas.
Jean-Marc trató de incorporarse, pero François se lanzó sobre sus piernas y lo hizo caer de nuevo.
Enzarzados como fieras, dieron un par de vueltas por el suelo.
Jean-Marc recibió otro puñetazo de su colega, propinado con la zurda.
François tenía los puños grandes.
Y duros.
Por fortuna, tampoco los de Jean-Marc eran de mazapán, precisamente, y como además sabía manejarlos bien, François acusó

los golpes que le asestó su colega, quedando medio aturdido.
Jean-Marc se incorporó, jadeante, y se pasó el dorso de la mano por la comisura de la boca, restañándose el hilillo de sangre que manaba de ella.
François, echado de bruces en el suelo, intentó ponerse en pie, pero las fuerzas le fallaron y volvió a quedar tendido boca abajo.
Jean-Marc rezongó:
—No debiste atacarme, François. Vine a hablar contigo, no a pelear.
Jaubert lo miró con odio.
—Me las pagarás, Jean Marc —masculló—. Juro que me las pagarás.
—Mi consejo es que olvides esto. Será mejor para ti —advirtió Barroux, y abandonó el estudio de Jaubert.

* * *

A lo largo del día, Jean-Marc Barroux pensó mucho en Paulette Serrault, pero también pensó un poco en Catherine Aumont, la aspirante a modelo profesional.
Seguía deseando verla de nuevo, pero ella, fiel a sus últimas palabras, no apareció por su estudio. Había dicho que no volvería a verle el pelo, y parecía que así iba a ser.
Jean-Marc no se resignaba, sin embargo, y cuando abandonó su estudio se dirigió al apartamento de Odile Petit, porque ésta debía de saber dónde vivía Catherine Aumont.
Se lo preguntaría y luego iría a ver a Catherine, dispuesto a intentar por todos los medios que se le pasara el enfado y posara de nuevo para él.
Desgraciadamente, Odile no podría decirle nada, porque estaba tan muerta como Paulette Serrault.

CAPITULO IX

Jean-Marc Barroux había pulsado ya el timbre del apartamento de Odile Petit, pero ésta, claro, no acudía a abrir, lo cual extrañó al fotógrafo, porque había visto el coche de la modelo, un Fiat azul, estacionado en la calle.

Repitió la llamada, pues se decía que teniendo el coche abajo, Odile debía hallarse forzosamente en su apartamento. Pero, como transcurrió otro minuto y la modelo seguía sin abrir, Jean Marc hizo lo mismo que hiciera la noche pasada cuando llamó al apartamento de Paulette y ella no le abría.

La puerta de Odile tampoco estaba cerrada por dentro, así que el fotógrafo no tuvo problemas para penetrar en su apartamento, cuyas luces halló encendidas.

Echó una mirada al living, encontrando sobre el sofá una bata corta y un slip color lila, lo cual le dio muy mala espina, pues no le parecía normal que la modelo se despojara de su prenda más íntima en el living y la dejara allí, tirada sobre el sofá.

La bata, todavía, pero el slip...

Jean-Marc vio también, sobre la mesa del living, los restos de la cena fría que se preparara Odile la noche anterior. La mesa, por cierto, estaba torcida, como si alguien hubiera tropezado con ella o le hubiera dado una patada.

La lata de cerveza vacía, yacía en el suelo.

Y también un cenicero.

Jean-Marc intuyó que todo aquello eran señales de violencia, lo cual, unido al hecho de que la bata y el slip de la modelo estuviesen tirados sobre el sofá, parecía demostrar que Odile había sido asaltada por alguien, desnudada, y llevada a...

—¡Odile! —gritó el fotógrafo, lanzándose hacia el dormitorio de la modelo.

La puerta estaba entreabierta.

Jean-Marc la acabó de abrir de un manotazo e irrumpió en la habitación, temiendo encontrar... lo que encontró.

A Odile atada a su cama, completamente desnuda, con una ancha tira adhesiva cubriéndole la boca y el cuerpo repleto de horribles manchas oscuras, causadas por las picaduras de la feroz tarántula que la atacó sin piedad, inyectándole su mortal veneno por todas partes, hasta acabar con su vida.

Era la segunda víctima de la tarántula asesina.

Y no sería la última, porque el sádico de su amo tenía planeado acabar de la misma manera con otras modelos fotográficas.

A menos, claro, que la policía le descubriese antes y lo atrapase, lo cual, por el momento, parecía poco probable, porque el tipo no dejaba huellas ni pista alguna que permitieran llegar hasta él.
El comisario Reynaud y sus hombres se encontraban ya en el apartamento de Odile Petit, junto con el forense, el cual examinaba el cadáver de la modelo.
El crimen había sido tan idéntico al descubierto la noche anterior, también por Jean-Marc Barroux, que nadie puso en duda que lo había cometido la misma persona.
Que lo había planeado la misma persona, mejor dicho, porque cometerlo, lo había cometido la misma tarántula.
La tarántula asesina.
La tarántula feroz.
La que se ensañaba con sus indefensas víctimas, picándoselo todo desde la cabeza a los pies, para deleite de su amo, que gozaba aún más que ella.
El comisario Reynaud se había reunido con Jean- Marc Barroux en el living.
—¿El nombre de la chica, Jean-Marc...? —preguntó.
El fotógrafo, sentado en un sillón, se pasó la mano por el cabello y respondió, con ronca voz:
—Odile Petit.
—¿Modelo profesional, también...?
—Sí.
—Otra coincidencia más.
—Así es.
—¿Posó ayer para usted, Jean-Marc?
—No.
—¿Cuándo posó por última vez?
—Hace ya algunas semanas.
—¿Ya qué vino usted esta noche a su apartamento, a pedirle que posara de nuevo?
—No.
—¿A qué vino, entonces...?
—A pedirle la dirección de otra modelo, a la que Odile conocía.
—¿Por qué no se la pidió por teléfono?
—Preferí hacerlo personalmente. No había visto a Odile desde la última vez que posó para mí, y tenía ganas de charlar unos minutos con ella.
—¿Hacia usted también el amor con Odile, Jean Marc?
El fotógrafo tardó unos segundos en responder.
—Sí, alguna que otra vez.
—Vaya.
—¿Tiene algo de particular?

—No, nada.
—Me había parecido captar un cierto tono irónico en el «vaya» que soltó usted, comisario.
—¿De veras?
—Sí.
—Dígame el nombre de esa otra modelo a la que parece que desea usted contratar, Jean-Marc.
—¿Para qué quiere saberlo?
—¿Y por qué habría usted de ocultármelo?
—No quiero meter a la chica en esto.
—*¿Meter…?*
—Sí, eso he dicho.
—Me responde usted como si temiera algo, Jean Marc.
—Y usted me está interrogando como si sospechara de mí, comisario —replicó el fotógrafo.
—¿Qué le hace pensar aso?
—No me habla ni me mira usted como ayer.
—Figuraciones suyas.
—¿Está seguro?
El comisario Reynaud emitió un carraspeo y preguntó: —¿Cómo se produjo el moretón que luce en la barbilla, Jean Marc?
El fotógrafo se tocó el mentón.
—Me di un golpe.
—¿Contra qué?
—Contra la mesilla de noche.
—Parece un puñetazo.
—Pues no lo es.
—¿Se peleó con alguien, Jean-Marc?
—No.
—Otra cosa que me quiere ocultar.
—Piense lo que quiera.
—Si continúa con esa actitud, no voy a tener más remedio que sospechar de usted, Jean-Marc.
—Creo que ya sospecha. Y me parece que sé por qué.
—¿De veras?
—Sospecha porque le extraña la coincidencia de que yo haya descubierto ambos crímenes.
—Puede ser sólo eso, una coincidencia.
—Lo es, se lo aseguro.
—De todos modos, y para evitarme dudas, dígame que estaba con alguien la noche que asesinaron a Paulette Serrault. Y también anoche.
—No estaba con nadie.
—De modo que no tiene coartada, ¿eh?

—No, no la tengo. Especialmente, por lo que a anoche se refiere. Di unas cuantas vueltas por la ciudad, en mi coche, y luego me fui a casa.
—¿Y la noche anterior, cuando abandonó el apartamento de Paulette Serrault…?
—Fui a mi estudio, a trabajar. Cuando llegué, vi que me estaba esperando esa modelo cuyo nombre no le he dicho. En realidad, se trata de una aspirante a modelo profesional. No había posado para nadie, todavía. Odile le habló de mí, y la chica vino a que le hiciera una prueba.
—¿Y se la hizo…?
—Sí, le hice unas cuantas fotos. Las tengo en mi estudio. No son muy buenas, porque la muchacha estaba bastante nerviosa. Le daba no sé qué desnudarse delante de mí, por lo que opté por interrumpir la prueba. A ella no le sentó bien, porque quería terminar la prueba, a pesar de su nerviosismo, así que se enfadó y se marchó sin decirme dónde vivía.
—Y usted desea que vuelva por su estudio, ¿eh?
—Sí, porque la chica es una belleza. En cuanto deje sus nervios a un lado y pose con naturalidad, aunque se halle completamente desnuda, será una modelo extraordinaria.
—Revéleme su nombre y yo me encargaré de averiguar su dirección, Jean-Marc.
El fotógrafo esbozó una sarcástica sonrisa.
—Quiere que ella le confirme que realmente estuvo en mi estudio hace dos noches, ¿eh?
—Le conviene a usted que lo haya, créame.
—¿De veras piensa que yo pude planear la muerte de Paulette y la de Odile…? —se enfureció Jean-Marc.
—No, pero…
—Si no fuera usted comisario de policía, le daba un buen puñetazo en la barbilla.
—¿Se lo dieron a usted por eso, Jean-Marc? ¿Por sospechar de alguien…?
El fotógrafo no respondió.
Reynaud insistió:
—El nombre de la chica, Jean-Marc.
—¡Catherine Aumont! —rugió Barroux.

CAPÍTULO X

Jean-Marc Barroux había abandonado ya el apartamento de Odile Petit, autorizado por el comisario Reynaud, quien había conseguido arrancarle al fotógrafo el nombre de la aspirante a modelo profesional, pero no así el nombre del tipo con quien se peleó, según demostraba el hematoma que tenía en la barbilla.

Jean-Marc se hallaba todavía furioso cuando se introdujo en su Opel Ascona. Por eso, antes de poner el motor en marcha, encendió un cigarrillo y le dio varias chupadas, para tranquilizarse.

No sabía con certeza si el comisario Reynaud sospechaba de él o no, pero su forma de interrogarle le había irritado. Y más todavía que le exigiera el nombre de la aspirante a modelo, para que ésta pudiera corroborar sus palabras.

Comprendía, no obstante, que el comisario Reynaud cumplía con su deber. Era policía y tenía la obligación de hacer preguntas, aunque fueran molestas, y efectuar comprobaciones.

De todos modos, pensar que él podía haber cometido aquel par de horrendos crímenes, era absolutamente descabellado, ya que había sido precisamente él quien los había descubierto y había avisado a la policía.

¿Hubiera hecho eso, el asesino...?

Estaba claro que no.

De ahí el enfado de Jean-Marc.

Afortunadamente, su furia fue remitiendo y pudo reflexionar con más calma.

Odile había sido asesinada la noche pasada.

Y, la noche pasada, François Jaubert no se encontraba en casa.

Ni en su estudio.

Jean-Marc seguía sin creer que su colega hubiera planeado la muerte de Paulette Serrault, como tampoco creía que hubiera planeado la muerte de Odile Petit, pero el hecho de que no pudiera dar con él la noche pasada...

Por la mañana, además, le había atacado.

Y, tras la pelea, le amenazó.

No es que esto demostrara nada, claro, pero...

Jean-Marc no lo dudó más.

Puso su coche en movimiento y fue en busca de François.

Quería saber dónde estuvo la noche pasada.

Y la anterior.

Lo averiguaría, por las buenas o por las malas.

* * *

Florence Chardon, la modelo profesional que tenía que haber posado aquella mañana para François Jaubert, contaba apenas veintiún años de edad, tenía una frondosa cabellera rojiza, los ojos pardos, una boca tentadora, y un cuerpo exuberante.

Había perdido el día, porque François no pudo hacerle las fotos previstas, ni por la mañana ni por la tarde, por culpa de su pelea con Jean-Marc.

François, más que acusar los golpes que su colega le propinara, acusaba los efectos de uno de los puñetazos que él fallara. El segundo, concretamente, cuando Jean-Marc apartó la cabeza con rapidez y su puño sa estrelló contra el suelo con mucha fuerza, arrancándole un aullido de dolor.

Dolor que persistía, cuando Florence se presentó en su estudio, a eso de las diez. Y claro, como se trataba de la mano derecha, François no podía manejar su cámara fotográfica, por lo que no tuvo más remedio que pedirle a Florence que volviera al día siguiente.

La modelo quiso saber qué le había sucedido, pero François no le dio ninguna explicación. Ni le dijo que había tenido una pelea con Jean-Marc, ni le comunicó que Paulette Serrault había muerto, picada numerosas veces por una tarántula feroz.

Florence, por tanto, ignoraba que su compañera de profesión había sido asesinada, ya que ni los periódicos, ni las emisoras de radio, ni la televisión, habían dado la noticia.

No podían darla, porque ellos también la ignoraban.

El comisario Reynaud no había querido dar cuenta a los distintos medios informativos de la muerte de Paulette Serrault, para no aterrorizar a la población parisina. Ya lo haría cuando el caso estuviese resuelto, el asesino atrapado, y la tarántula feroz aplastada, para que no pudiese picar a nadie más.

Florence Chardon prefería escuchar música a ver la televisión, y disponía de un magnífico tocadiscos estereofónico, de una buena colección de discos, y de unos auriculares, que solía ponerse cuando oía música por las noches, para no molestar a los vecinos.

Y, como de noche era, la modelo se había colocado los auriculares.

Se había sentado en un sillón, bien arrellanada en él, y sostenía una copa en sus manos. De cuando en cuando, se la acercaba a los labios y tomaba un sorbo de licor.

Florence no pensaba salir, por lo que iba en bata y zapatillas.

Bajo la bata, no llevaba nada.

Se había duchado, antes de cenar, y desde entonces iba así, cubierta únicamente con la delgada bata, descuidadamente cerrada, además, por lo que exhibía buena parte de sus encantos.

Ninguna importancia tenía, sin embargo, puesto que la modelo estaba sola en su apartamento y nadie podía ver lo que ella enseñaba.
Era lo que Florence pensaba, claro.
Sin embargo, estaba equivocada.
No estaba sola.
Había alguien más en su apartamento.
Alguien que se había colado silenciosamente.
Pero, aunque hubiese hecho algún ruido, Florence no le habría oído por culpa de los auriculares.
Ella sólo oía música.
Una música alegre, moderna, dinámica, que la obligaba a moverse en el sillón, lo cual, a su vez, obligaba a la bata a dejarle al descubierto más cosas íntimas.
Sus turgentes senos, por ejemplo, estaban ya totalmente visibles y se agitaban también
al compás de la música. Se trataba de un espectáculo realmente excitante, pero el tipo que se había colado sigiloso como un puma en el apartamento de la modelo no sintió absolutamente nada.
Estaba ya muy cerca del sillón que ocupaba la confiada Florence.
Prácticamente pegado al respaldo.
Y desde allí, claro, podía contemplar perfectamente los rotundos pechos de la modelo, bailando maravillosamente sincronizados, como si fueran Fred Astaire y Ginger Rogers.
También veía las sensacionales piernas de la modelo, exhibidas desde su nacimiento hasta los tobillos. Y hasta lo más íntimo de su persona.
El tipo, sin embargo, seguía frío.
No le tentaba nada de lo que su mirada abarcaba.
En lo único que pensaba, era en dormir a Florence.
En quitarle la bata.
En atarla a su cama de pies y manos, con la boca sellada por un buen pedazo de tira adhesiva.
Y después…
Bueno, lo siguiente sería ya cosa de la tarántula.
De *su* tarántula.
Ella daría buena cuenta de Florence Chardon.
Como la diera de Odile Petit, la noche pasada.
Y de Paulette Serrault, dos noches antes.
La pobre Florence estaba sentenciada.
Sería la tercera víctima de la tarántula asesina.

CAPITULO XI

Jean-Marc Barroux había ido primeramente al estudio de François Jaubert, pero éste no se encontraba allí, por lo que se dirigió al apartamento de su colega.
François tampoco se hallaba en casa.
Jean-Marc, preocupado, encendió otro cigarrillo antes de poner en marcha su Opel Ascona.
¿Dónde diablos estaría François...?
Era la segunda noche que salía.
¿O sería la tercera...?
Jean-Marc se resistía a tomarlo por sospechoso, pero tampoco lo creería totalmente inocente mientras François no le demostrase que no tenía nada que ver en los asesinatos de Paulette Serrault y Odile Petit.
Dos crímenes cometidos en dos noches seguidas.
Las dos noches anteriores.
Y Jean-Marc, claro, no pudo evitar el preguntarse si aquella noche se cometería un tercer crimen, planeado por el mismo hombre y ejecutado por la misma tarántula.
Tal posibilidad hizo que el fotógrafo sintiera un ramalazo de frío en la espalda. Después, se preguntó si esa posible tercera víctima seria también modelo profesional.
Y se respondió que sí, porque no creía que se debiera a una casualidad el que las dos víctimas anteriores fuesen modelos fotográficas.
El asesino tenía algo contra ellas.
Y Jean-Marc conocía a muchas.
Cualquiera de ellas podía estar en peligro, en aquellos momentos.
Atada ya a su cama.
Desnuda.
Con la boca sellada...
Jean-Marc volvió a sentir frío en la espalda.
Y es que se imaginaba a la feroz tarántula paseándose por el cuerpo indefenso y tembloroso de su tercera víctima, llenándolo de picaduras, inyectándole su mortal veneno...
Jean-Marc se estremeció y arrojó el cigarrillo por la abierta ventanilla, con rabia.
No, no se iría a casa.
Visitaría a algunas de las modelos que conocía.
A todas, si era posible.
Y ojalá que ninguna hubiera corrido la misma suerte que Paulette y Odile.
Jean-Marc puso su coche en funcionamiento.

Su primera visita, sería para Florence Chardon.
La eligió a ella porque recordaba que François le había dicho que Florence iba a posar para él aquella mañana.
Y como Jean-Marc no creía totalmente en la inocencia de François, se dijo que Florence debía encabezar la lista de las modelos a visitar.

* * *

Fue un acierto, indudablemente, porque Florence Chardon estaba destinada a ser la tercera víctima de la tarántula asesina.
Faltaba saber, sin embargo, si Jean-Marc Barroux llegaría a tiempo de impedir que la feroz araña picara a la modelo o la encontraría ya sin vida.
El fotógrafo, desde luego, conducía con prisa.
Pero la situación de Florence era ya realmente dramática.
Acababa de despertarse, pasados ya los efectos del cloroformo que su asaltante le aplicara, y había descubierto que se hallaba atada a su cama, completamente desnuda, sin poder gritar ni pedir socorro, porque tenía la boca sellada.
Como Florence no sabía nada de una tarántula asesina, pensó lo mismo que dos noches antes pensara Paulette Serrault: que la habían atado desnuda a su cama para poder abusar de ella largamente y con toda comodidad.
Pensó, también, en posibles torturas.
Y hasta en la muerte.
Por todo ello, luchó desesperadamente por soltarse.
No lo consiguió, claro.
Era imposible, para una mujer, vencer la fuerte resistencia de las delgadas cuerdas de plástico. Ni siquiera un hombre podría romperlas, a menos que se tratase de alguien extraordinariamente fuerte y musculoso.
Florence tuvo que desistir, agotada y dolorida, porque las duras cuerdas le habían rasgado la piel de las muñecas y los tobillos.
Y fue entonces, al poco de haberse relajado, cuando vio a la tarántula asesina.
La modelo creyó morirse de espanto.
Su cuerpo desnudo y brillante de sudor tuvo una violenta contracción, a la que siguieron varios espasmos provocados por el pánico infinito que la aparición de la monstruosa araña negra había causado en ella.
La feroz tarántula avanzó por la cama, dispuesta a trepar por la pierna de su tercera víctima.
Florence sufrió algo muy parecido a un ataque de locura, a juzgar por la forma en que se agitó sobre la cama, tratando inútilmente de ponerse fuera del alcance de la terrorífica araña.
Y, justo en ese momento, el timbre del apartamento se puso a sonar.

* * *

Era Jean-Marc Barroux, naturalmente.
Acababa de llegar.
Y sabía que Florence Chardon estaba en casa, porque se había fijado en los coches estacionados en la calle, descubriendo el Renault 5 de la modelo.
Por eso, cuando vio que Florence no acudía a abrir, no perdió el tiempo pulsando por
segunda vez el timbre y esperando otro minuto más, sino que abrió la puerta por su cuenta.
No tuvo la menor dificultad, porque no estaba cerrada con llave.
Jean-Marc irrumpió en el apartamento, gritando:
—¡Florence!
La modelo no le respondió, claro.
Jean-Marc vio los auriculares de Florence tirados en el suelo del living. También vio su bata. Y sus zapatillas.
No necesitó ver más para adivinar que la modelo había sido asaltada por el hombre que planeara las muertes de Paulette Serrault y Odile Petit, dormida con cloroformo, y llevada a su cama.
El fotógrafo se disparó como una flecha hacia la puerta del dormitorio de la modelo, gritando su nombre de nuevo:
—¡Florence,..!
La puerta, como en los casos anteriores, estaba entreabierta,
Jean-Marc casi la arranca de cuajo, del golpe que le dio, irrumpiendo en la habitación como un torpedo.
Vio a Florence.
Agitándose en su cama.
Desnuda.
Sin poder gritar, porque tenía la boca sellada.
Pero parecía gritar con los ojos.
Y no era para menos.
¡La tarántula asesina estaba trepando ya por su pierna derecha...!
¡Y le había picado un par de veces...!
¡Le había inyectado su mortal veneno...!
Jean Marc corrió en ayuda de la modelo.
Lo intentó, al menos.
Desgraciadamente, recibió un fuerte golpe en la cabeza, propinado con un objeto contundente, y se desplomó en el acto, quedando tendido en el suelo, inconsciente.
Le había golpeado el amo de la tarántula, naturalmente,
No quería que nadie interrumpiera la tarea que acababa prácticamente de emprender su araña.
Y la tarántula asesina, por desgracia para la enloquecida Florence,

siguió trepando por el cuerpo desnudo de su víctima y picando aquí y allá, porque eso era lo suyo.

* * *

Jean-Marc Barroux abrió lentamente los ojos.
Al principio, no recordó dónde estaba ni lo que había pasado.
Sólo sabía que le dolía la cabeza.
Terriblemente.
El fotógrafo movió pesadamente su mano derecha y se tocó el cráneo, justo donde más
le dolía. Tenía una protuberancia colosal, que pareció agujerearle el cerebro cuando la rozó con sus dedos.
Estaba claro que le habían atizado duro.
Y empezó a recordar por qué.
—¡Florence! —exclamó, poniéndose en pie.
Lo hizo torpemente, con mucha dificultad, pero consiguió recobrar la vertical y pudo ver a la modelo.
Ya no se agitaba sobre la cama como una posesa.
Ni parecía gritar con los ojos.
Ahora, estaba muy quieta.
Y muy rígida.
Estaba muerta.
La tarántula asesina había acabado con ella.
Y ensañándose, como en los casos anteriores.
Tenía marcas de picaduras por todas partes.
Jean-Marc se volvió, horrorizado.
Y fue entonces cuando se preguntó si también a él le habría picado la feroz tarántula, siquiera un par de veces.
Evidentemente, no había sido así.
Si la tarántula le hubiera asestado su mortal picadura, no habría podido levantarse del suelo, porque el veneno hubiese acabado con él.
El tipo que había planeado las muertes de Paulette, Odile y Florence, no quiso liquidarlo, limitándose a dejarlo sin sentido de un golpe.
Jean-Marc se dijo que había tenido suerte.
Mucha suerte.

CAPITULO XII

Jean-Marc Barroux se levantó del sofá al escuchar el timbrazo y acudió a abrir, agarrándose la parte posterior de! cráneo, porque el chichón le seguía doliendo.

Como ya esperaba, eran el comisario Reynaud y sus hombres, acompañados del forense. Les había avisado hacía tan sólo unos minutos y habían acudido con la prontitud que les caracterizaba

—Adelante, comisario.

—Otra víctima de la tarántula asesina, ¿eh? —rezongó Reynaud.

—Así es.

—Modelo profesional también, claro.

—Sí.

—¿Su nombre?

—Florence Chardon.

—Y hacía usted el amor con ella de vez en cuando, claro.

—No empiece, comisario, o me largo ahora mismo —amenazó el fotógrafo.

—¡Será si yo se lo permito! —replicó Reynaud.

Jean-Marc se colmó de paciencia y dijo:

—Será mejor que le dé un vistazo al cadáver de la chica, porque tengo que contarle algo.

—¿De veras?

—Le espero en el living, comisario.

—¡Un momento!

El fotógrafo se detuvo.

—¿Sí, comisario...?

—¿Por qué se agarra la cabeza?

—Tengo un chichón.

—¿Cómo se lo hizo? ¡Y no me responda que se golpeó contra su mesilla de noche, porque lo arresto de inmediato!

—Me atizaron con un objeto duro.

—¿Quién?

—El tipo que se encontraba aquí, cuando llegué.

—¿Aquí...?

—Sí, me atacó por la espalda cuando yo me disponía a ayudar a Florence.

—¿Ayudarla?

—Aún estaba viva, cuando yo llegué. Y tenía la tarántula encima.

El comisario Reynaud respingó.

—¿Vio usted la tarántula...?

—Sí, comisario. Y la hubiera machacado, de no haber recibido el

golpe en la cabeza. Desgraciadamente, no pude hacer nada por la pobre Florence. Ella, además, había sido picada ya por la tarántula.
—Entonces, usted fue golpeado por el asesino...
—En efecto.
—¡Lo pilló con las manos en la masa!
—Sí, aunque de poco me sirvió. Ni pude acabar con la tarántula, ni pude atraparlo a él. Ni siquiera pude verle la cara.
—¿Y por qué no acabó él con usted?
—No lo sé.
—En buena lógica, debió dejar que su tarántula le picara, para que no pudiera contar lo que había visto.
—Sólo puedo decir que me alegro de que el tipo no actuara con lógica —repuso el fotógrafo.
El comisario Reynaud soltó un gruñido y le apuntó con el dedo.
—Espéreme en el living, Jean-Marc. Seguiremos hablando en cuanto haya echado una mirada al cuerpo de la chica.
—Bien —respondió Barroux, y caminó hacia el living.

* * *

Lo primero que hizo el comisario Reynaud, cuando salió del dormitorio de Florence Chardon, fue examinar el cráneo de Jean-Marc Barroux.
—Déjeme ver el chichón.
—¿Qué pasa, cree que me lo he inventado? —gruñó el fotógrafo.
—Es evidente que no. El chichón existe. Y es tan grande como un huevo de paloma —opinó Reynaud, que ya había descubierto la protuberancia craneal.
—Es usted capaz de pensar que me lo he causado yo, para librarme de sus sospechas.
—No, no creo que se causara usted un chichón tan hermoso, Jean-Marc.
—Menos mal.
—¿Por qué vino a ver a Florence?
—Temí que alguna de las modelos que yo conocía estuviera en peligro, y decidí visitarlas a todas. Como las dos primeras víctimas eran también modelos...
—Ya. ¿Ya cuántas visitó, antes de venir aquí? —Florence fue la primera.
—¿Por qué?
—Me pillaba más cerca.
—Qué casualidad.
—Sí.
—O qué mentira.
—Comisario, por favor. No me gusta que me llamen mentiroso.

—¡Ni a mí que me tomen por tonto!
—¿Quién le toma por tonto?
—¡Usted, Jean-Marc!
—Se equivoca, comisario.
Reynaud se mesó el cabello.
—Está bien, dejémoslo. Tiene usted una bola de cristal, y gracias a ella supo que Florence Chardon iba a ser la tercera víctima de la tarántula asesina —masculló. —No sea irónico, comisario.
—¿Cuál va a ser la cuarta víctima, Jean-Marc? —No lo sé.
—Le apuesto lo que quiera a que vuelve a ser usted el que descubre el crimen.
—No me gustaría que hubiera ninguno más, se lo aseguro.
Reynaud le apuntó con el dedo índice.
—¿Sabe lo que pienso, Jean-Marc?
—No.
—Que el asesino es amigo suyo.
—¿Amigo mío...? —exclamó Barroux.
—Sí, por eso no le mató.
—¡No diga tonterías, comisario!
—¿Por qué cree usted que no le echó la tarántula encima, cuando estaba sin sentido, vamos a ver?
—No lo sé, ya se lo dije antes.
—Es muy extraño, Jean-Marc.
—Será todo lo extraño que usted quiera, pero no vuelva a decir que el asesino es amigo mío. Entre mis amigos no hay sádicos ni criminales. Son todos tipos normales.
—¿Por qué no me dice de una vez con quién se peleó?
Jean-Marc, tras unos segundos de vacilación, asintió con la cabeza.
—Está bien, se lo diré. Me peleé con François Jaubert. Es fotógrafo profesional, como yo. Fui a verle esta mañana, a su estudio, para comunicarle la muerte de Paulette Serrault. Ultimamente, Paulette no quería posar para él.
—¿Por qué?
—No lo sé. Paulette me dijo que habían discutido, sin entrar en más detalles. Yo, para ver cómo reaccionaba François, le dije que figuraba en mi lista de sospechosos. Le sentó como un tiro y me atacó rabiosamente. La pelea, sin embargo, la gané yo. François, desde el suelo, me miró con odio y me amenazó, asegurándome que se vengaría.
—Muy interesante —murmuró Reynaud.
—En realidad, yo nunca pensé que François hubiera asesinado a Paulette. Por eso no quería hablarle de él. Y si lo he hecho ahora, es porque esta noche se ha demostrado que François es inocente.
—¿Usted cree?

—De haber sido François el tipo que me golpeó en la cabeza, yo no estaría vivo ahora. Su tarántula hubiera acabado conmigo. Recuerde que François me amenazó, comisario.
Reynaud se pasó la mano por la nuca.
—Sí, lo que dice tiene lógica, Jean-Marc. Si fuera
François el asesino, y después de decirle que sospechaba usted de él, no le habría dejado con vida.
—Seguro que no.
—Sigo pensando, sin embargo, que el asesino le conoce a usted, Jean-Marc, y que por eso no le mató. Forzosamente tiene que conocerle, puesto que ha asesinado a tres de las modelos que solían posar para usted. Y las tres, casualmente, tenían de vez en cuando relaciones sexuales con usted. ¿No las mataría por eso...?
—¿Por qué hacían el amor conmigo?
—Sí.
—No, es absurdo.
—Bueno, si él deseaba lo mismo, y ellas no accedían a irse a la cama con él, mi hipótesis ya no sería tan absurda... De todos modos, mi teoría tiene un fallo.
—¿Cuál?
—De haber sido el sexo la razón que impulsó al tipo a asesinar a Paulette, Odile y Florence, las hubiera violado a las tres, antes de soltar a su tarántula. Sin embargo, no las tocó.
—¿Está seguro, comisario?
—Sí, el forense ha comprobado que Florence no fue forzada. Y tampoco Odile ofrecía señales de violación. La única que había sido poseída, es Paulette. Pero lo fue por usted, Jean-Marc, no por el asesino.
—Entonces, tiene usted razón. No pudo ser el sexo la razón que llevó al tipo a cometer sus crímenes.
—No, tendré que pensar en otra cosa —suspiró Reynaud.
—¿Puedo marcharme ya, comisario?
—Sí, no tengo más preguntas que hacerle.
Jean-Marc se despidió del comisario Reynaud y abandonó el apartamento de Florence Chardon.

CAPITULO XIII

Por la mañana, Jean-Marc Barroux fue directamente a su estudio.
Ya no tenía ningún interés por saber dónde y con quién había estado François Jaubert las tres noches últimas, porque, para él, la inocencia de su colega había quedado claramente demostrada.
Ya en su estudio, Jean-Marc se puso a trabajar, aunque con desgana, porque los asesinatos de Paulette Serrault, Odile Petit y Florence Chardon seguían acaparando sus pensamientos.
Tres noches, tres crímenes.
Y planeados por el mismo hombre.
¿Habría planeado ya el cuarto crimen...?
¿Quién sería la próxima víctima?
¿Otra modelo profesional...?
Estos pensamientos atormentaban a Jean-Marc, impidiéndole concentrarse en su trabajo.
De pronto, llamaron a la puerta.
El fotógrafo dejó lo que estaba haciendo y acudió a abrir.
Se llevó una grata sorpresa, porque se trataba de Catherine Aumont, la aspirante a modelo.
—Catherine...
—Hola, Jean-Marc.
—Me alegro de verte.
—Yo también.
—¿Quieres pasar?
—Gracias.
Segundos después, y sentados ya en el diván, Catherine Aumont dijo:
—Lamento lo sucedido la otra noche, Jean-Marc. —Olvídalo.
—Tú tenías razón, estaba muy nerviosa y lo mejor era dejarlo. Creo que no sirvo para modelo.
—No digas eso.
—Es la verdad.
—La próxima vez saldrá bien, ya lo verás.
—No, no lo creo. Nunca me acostumbraré a moverme desnuda delante de una cámara. Me da vergüenza, ya no me importa confesarlo.
—La vergüenza desaparecerá, te lo aseguro.
—Eso me dijo Odile, pero...
La expresión, del fotógrafo cambió.
—Odile...
—¿Qué ocurre, Jean-Marc? ¿Por qué pones esa cara tan rara? —preguntó Catherine, extrañada. —Ignoras lo sucedido, ¿verdad?
—¿A qué te refieres? ¿Qué ha pasado?

Jean-Marc no tuvo más remedio que contárselo. Catherine, como era de esperar, se horrorizó.
—¡Es monstruoso! —exclamó.
—Sí, ésa es la palabra exacta.
—¿Y quién crees que...?
—Ojalá lo supiera. Evitaría que ese sádico mate de nuevo, utilizando su tarántula como arma.
—¡Pudo haberte matado también a ti!
—Sí. Y todavía no sé por qué no lo hizo. El comisario Reynaud opina que no quiso acabar conmigo porque me conoce, pero yo...
—¿Que el asesino te conoce, dices...?
—No lo digo yo, lo dice el comisario Reynaud. Y lo piensa porque las tres víctimas eran modelos profesionales que solían posar para mí.
—Quizá tenga razón, Jean-Marc.
—Sinceramente, lo dudo. Yo no conozco a nadie capaz de cometer unos crímenes tan espantosos.
—Yo, por si acaso, desisto de convertirme en modelo profesional —hizo saber Catherine—, No me gustaría verme atada a mi cama, completamente desnuda, con la boca sellada, mientras una tarántula se pasea por mi cuerpo, picándomelo todo. ¡Sólo de pensarlo se me pone la carne de gallina!
Jean-Marc la cogió por los hombros.
—¿De veras no quieres ser ya modelo profesional, Catherine?
—No, no quiero serlo.
—¿Qué podría hacer para convencerte?
—Me temo que nada.
—De todos modos, lo intentaré —dijo Barroux, y la besó cálidamente en los labios.
Ella no hizo nada por impedirlo.
Y es que le gustó que el fotógrafo la besara.
—¿Piensas convencerme así, Jean-Marc? —preguntó, sonriendo.
—Puede ser un método efectivo.
—Quizá dé resultado.
—Entonces, seguiré con él —sonrió Jean-Marc, y volvió a besar los preciosos labios de Catherine, más larga y apretadamente que antes, al tiempo que la abrazaba.

* * *

Catherine Aumont llevaba casi media hora en el estudio de Jean-Marc Barroux, así que dijo:
—Tendré que irme, Jean-Marc. No te estoy dejando trabajar.
—¿Y quién tiene ganas de trabajar?
—Prefieres tenerme en tus brazos, ¿eh?
—Así es.

—¿Hasta cuándo?
—Hasta que decidas posar para mí.
—¿Desnuda?
—Por supuesto.
—Entonces, vas a tenerme mucho tiempo en tus brazos.
—Todo el tiempo que haga falta —aseguró Jean- Marc, y la besó de nuevo con ardor.
Catherine le estaba ya devolviendo el beso, cuando sonó el timbre del estudio. Naturalmente, ello les obligó a separarse.
—Sea quien sea, es muy inoportuno —rezongó el fotógrafo.
—Anda, ve a abrir —sonrió Catherine, pellizcándole la barbilla.
Jean-Marc se puso en pie y caminó hacia la puerta.
Al abrir, se llevó la segunda sorpresa de la mañana, porque era François Jaubert quien había hecho sonar el timbre. Llevaba una bolsa de deporte en la mano izquierda. Y en la derecha...
A Jean-Marc no le dio tiempo a ver lo que llevaba su colega en esa mano, porque François la movió muy de prisa, propinándole un seco y duro golpe en la frente.
Era una cachiporra lo que François llevaba en la diestra.
Jean-Marc puso los ojos en blanco y se derrumbó.
Catherine brincó del diván al ver desplomarse al fotógrafo.
—¡Jean-Marc! —gritó.
François penetró rápidamente en el estudio de su colega, cerró la puerta, dejó su bolsa de deporte en el suelo, junto al desvanecido Jean-Marc, y extrajo un revólver de su bolsillo, provisto de tubo silenciador.
Apuntó con el arma a Catherine y dijo:
—Estate quieta y callada, y no te ocurrirá nada. La cosa no va contigo, rubia.
Catherine obedeció.
François fue hacia ella, preguntando:
—¿Cómo te llamas, preciosa?
—Catherine.
—Encantado de conocerte, Catherine —sonrió François, y le dio un puñetazo en la barbilla.
La joven emitió un gemido y cayó sobre el diván, inconsciente.

* * *

En su bolsa de deporte, François Jaubert llevaba todo lo necesario.
Cuerdas de plástico...
Un frasco de cloroformo...
Y, por supuesto, también llevaba la pequeña urna de cristal que encerraba a la tarántula asesina.
Con movimientos rápidos, François desnudó completamente a

Catherine Aumont, la sentó en una silla, y la ató a ella, dejándole las piernas bien sujetas a las patas delanteras.
La muchacha, desvanecida todavía, no se enteró de nada.
También Jean-Marc Barroux seguía inconsciente.
François pasó a ocuparse de él.
Quería dejarlo completamente desnudo, lo mismo que a Catherine, antes de sentarlo en otra silla y atarlo concienzudamente a ella. Después, la tarántula daría buena cuenta de los dos.
Jean-Marc estaba ya prácticamente desnudo.
Sólo conservaba el slip.
François se disponía a arrancárselo, cuando Jean- Marc volvió en sí.
Los zarandeos de su cuerpo, dados por su colega mientras le despojaba de la ropa, le habían ayudado a recobrar el sentido antes de lo que François esperaba.
Jean-Marc atacó a su colega.
En condiciones normales, hubiera podido reducirlo sin grandes dificultades, como ya hiciera la mañana anterior, cuando pelearon en el estudio de François.
Pero Jean-Marc acusaba el fuerte cachiporrazo recibido en la frente, lo cual mermaba su potencia física, e iba a tener muchos problemas para doblegar a François, que se defendía como una fiera rabiosa.
Rodaban los dos por el suelo, golpeándose mutuamente.
François consiguió extraer su revólver, pero Jean- Marc le aprisionó velozmente la muñeca y le impidió hacer un uso efectivo de él, ya que, aunque su colega apretó dos veces el gatillo, las balas no le alcanzaron.
Una se incrustó en la pared.
La otra, alcanzó casualmente la urna de cristal que encerraba a la tarántula asesina.
La urna, lógicamente, estalló en pedazos y la temible araña negra quedó en libertad, sin que Jean-Marc y François, enfrascados en su feroz lucha, se percataran de ello.
El ruido de la pelea ayudó a Catherine Aumont a volver en sí.
La joven se llenó de terror al verse atada a una silla, completamente desnuda, y con la boca sellada por una ancha tira adhesiva, lo que le impidió gritar.
¡Y con la necesidad que tenía de hacerlo!
Sí, porque la aterrada Catherine había visto ya a la tarántula asesina.
¡Venía directa hacia ella!
¡Era sólo cuestión de segundos que alcanzara la silla a la que ella se hallaba sujeta y empezara a trepar por una de sus piernas!
Catherine se agitó en la silla, presa del pánico.
—¡Mmmm...!
Por fortuna, Jean-Marc descubrió el grave peligro que corría la

muchacha y, sacando fuerzas de flaqueza, consiguió librarse de François, al que dejó medio aturdido.
Pero, medio aturdido y todo, François aún tuvo fuerzas para accionar el gatillo de su pistola, cuando Jean-Marc intentaba arrebatársela.
Fatalmente para él, Jean-Marc le torció la mano a tiempo y la bala la recibió François en el pecho, quien lanzó un aullido desgarrador y soltó el arma.
Jean-Marc, con la pistola de François en la mano, se puso en pie de un salto y corrió en ayuda de Catherine.
La joven continuaba agitándose en la silla, desesperada, porque la feroz tarántula estaba ya a menos de diez centímetros de su pie derecho.
Jean-Marc no permitió que la monstruosa araña avanzara más, porque la tenía ya al
alcance de la culata del revólver de François, y con ella la machacó.
Le dio tantos golpes, que la hizo pedazos.
La tarántula asesina no picaría a nadie más.
Y su amo no planearía más muertes, porque la suya le rondaba ya.
Estaba gravemente herido.
Era sólo cuestión de minutos que exhalara el último suspiro.
Antes, sin embargo, confesó por qué había decidido eliminar a Paulette, Odile y Florence.
Y confesó, también, por qué no quiso matar a Jean- Marc la noche pasada, en el apartamento de Florence.

EPILOGO

Cuando el comisario Reynaud y sus hombres se personaron en el estudio de Jean-Marc Barroux, François Jaubert había expirado ya.
Jean-Marc había soltado a Catherine Aumont y ambos se habían vestido, antes de que llegaran los policías.
—Tenía usted razón, comisario —dijo el fotógrafo-—. Yo conocía al asesino. Aunque no fue por eso por lo que François se limitó a darme un golpe en la cabeza anoche, en el apartamento de Florence. Me dejó con vida porque temía que yo le hubiera hablado a usted de él, y de esa manera quedaba libre de nuestras sospechas. Por eso aplazó mi final hasta esta mañana.
—Muy astuto —rezongó Reynaud.
—Me confesó, también, que estaba liquidando a las modelos porque se había hartado de oírles decir que posaban mucho más a gusto para mí que para él. François era homosexual, ¿sabe?
—Vaya.
—La discusión con Paulette fue la gota que desbordó el vaso de su paciencia. Ella, por lo visto, le habló muy claro Y muy duro. Y empezaron los crímenes. Según dijo, eligió una tarántula como arma homicida porque quería ser original.
—Ya.
—En fin, la pesadilla ha terminado.
—Gracias a Dios —dijo Catherine, que aún no se había repuesto de los dramáticos momentos vividos.
—Si el comisario me autoriza, te llevaré a casa.
—Desde luego, Jean-Marc —dijo al instante Reynaud.
Ya en el apartamento de Catherine, y mientras tomaban una copa sentados en el sofá del living, Jean-Marc preguntó:
—¿Posarás para mí, ahora que ya ha pasado todo?
—Si te empeñas...
—¿De veras lo harás?
—Sí, pero no de una manera profesional.
—¿Qué quieres decir?
—Que ya no deseo ser modelo, Jean-Marc. No quiero quedarme desnuda delante de nadie, por muy bien que me lo paguen.
—¿Y sí te quedarás desnuda delante de mí...?
—Bueno, es que tú ya me has visto dos veces así. Además, a ti no puedo negarte nada.
—¿Por qué?
—Si no lo adivinas, es que eres tonto.
Jean-Marc la rodeó con sus brazos.

—¿Te has enamorado de mí, Catherine?

—Así es.

—Yo también estoy enamorado de ti.

—¿De veras, Jean-Marc...?

—Te lo juro.

—¿Muy enamorado o sólo un poquito?

—Tan enamorado, que nos casaremos dentro de unos días. Si tú estás de acuerdo, claro.

—¡Por supuesto que lo estoy! —exclamó Catherine, loca de alegría, y besó a Jean-Marc.

El fotógrafo, mientras le devolvía el beso, decidió que Catherine tampoco posaría para él.

Desnuda, al menos.

Iba a convertirse en su mujer y sólo él tenía derecho a contemplarla sin ropa, así que nada de fotos en traje de Eva y sin hoja de parra.

F I N

PUNTO ROJO

intriga...

ROJO

PUNTO ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España